
LA RESURRECCIÓN
UNA PROMESA
CUMPLIDA



COMUNION
INTERNACIONAL
DE LA GRACIA

5 iglesias y comunidades de evangelio

ISBN: 9781521059401

Texto por: Joseph Tkach, Rubén Ramírez Monteclaro, J Michael Feazell, Paul Kroll, Michael Morrison, Don Mears, Peter Mill y Jonathan Stepp.

Este folleto es publicado por Comunión Internacional de la Gracia y se distribuye gratuitamente como un servicio educativo para el beneficio de la humanidad.

Copyright © 2017 Comunión Internacional de la Gracia
Reservados todos los derechos

www.comuniondelagracia.es

Contenido

¡Ha Resucitado!	4
La Tumba Vacía: Una gran promesa cumplida	10
Razones para creer	14
Apariciones de Jesús Resucitado	18
La Resurrección de Jesucristo Guía para estudio bíblico.....	19
¿Viviremos otra vez? Un estudio de 1ª Corintios 15:1-23.....	23
¿Cuánto tiempo estuvo Jesús en el sepulcro?	26
Celebrar la Resurrección de Jesús	31
Hagan correr la voz: ¡Él vive!	40
Resurrección en Jesús	46
El Poder de su Resurrección	49
La Inmortalidad El mejor de todos los cambios	50
Resurrección y Ascensión: Lo que significa estar en Cristo	55
La Ascensión	60

¡Ha Resucitado!

“Porque ante todo les transmití a ustedes lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado, y que resucitó al tercer día según las Escrituras”. (1 Corintios 15:3-4)

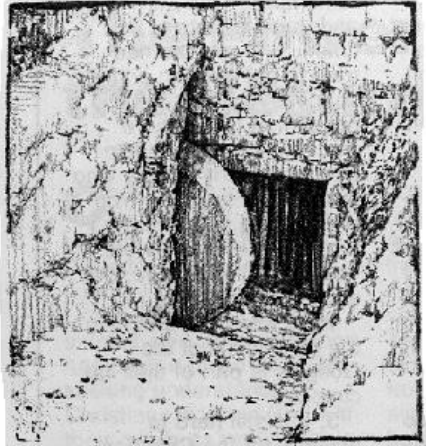
Destellos de la aurora apagaban las estrellas del oriente. En la oscuridad María Magdalena se apuraba hacia el sepulcro del huerto que José de Arimatea había donado para sepultar a Jesús. Ella y las otras mujeres no podían dormir. Se levantaron temprano para terminar la preparación apurada que habían hecho para sepultar el cuerpo de Jesús. No tuvieron suficiente tiempo para comprar todas las especias y ungir el cuerpo apropiadamente antes del sábado. Ahora que había pasado el sábado, el trabajo podía ser completado.

Pena, amor, adoración y fe trajeron a estas mujeres al sepulcro. A través de su vida y enseñanza, Jesús les había mostrado, como nadie antes de Él, las riquezas y la profundidad del amor de Dios. Ahora estaba muerto. Las esperanzas y sueños que ellas identificaron con Él, parecían muertas también. Crucificado, mofado por haber declarado ser el rey de los judíos, su mensaje anunciando el reino de Dios parecía frustrado, sin esperanza de ser cierto.

¿Era Jesús un profeta falso? ¿Echó fuera demonios por Belcebú, el príncipe de los demonios? Si así fue, ¿cómo podían explicar lo bueno en su ministerio? ¿Qué profeta a excepción de Jesús jamás sanó a un hombre nacido ciego? ¿No lo hacía esto más grande que Elías? Y su enseñanza, ¿no sonaba mayor que la de Moisés? Con tal tragedia, ¿qué traería el mañana?

“¿Quién removerá la piedra?” preguntaron. “¿Cómo podemos usar estas especias si no podemos entrar en el sepulcro?” Mientras se apresuraban, las mujeres sintieron un terremoto. Los guardias luego reportaron que durante el tiempo del terremoto apareció un ángel deslumbrante. El ángel removió la piedra que sellaba el sepulcro. Inicialmente paralizados con temor, los guardias huyeron del huerto antes de que llegaran las mujeres.

Al mismo tiempo que las mujeres arribaban al huerto, el cielo oriental anunciaba la llegada de la aurora. La oscuridad que envolvía al mundo pronto pasaría. La brillante luz de la aurora ya casi iba a resplandecer sobre la tierra. El Señor tendría su día. En la alborada, las mujeres vieron el sepulcro abierto. María Magdalena, preocupada acerca de lo que esto podría significar, miró adentro. Espantada al no encontrar el cuerpo, corrió a Pedro. “¡Se han llevado el cuerpo de mi Señor, y no sé dónde lo han puesto!”



A medida que el sol salía lentamente en el cielo oriental, las mujeres regresaron al sepulcro. Los rayos tempraneros de la mañana habían casi expulsado la ceguera que la oscuridad trae a todos. María Magdalena lloró. Dos hombres se le acercaron. Le preguntaron, “Mujer, ¿por qué lloras?” Ella expresó su profundo dolor: “Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto”.

Después de decir esto, María dio la vuelta. Otra vez le preguntaron: “¿por qué lloras? ¿A quién buscas?” María pensó que el hombre que le hablaba era el jardinero. “Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto”. El hombre dijo, “María”. Gozo y exaltación explotaron dentro de ella. Solamente una persona podía decir “María” de esa manera. “¡Maestro!” exclamó ella. “Ve María. Ve a mis hermanos y diles que me has visto. Diles que he resucitado y subiré a mi Padre y a vuestro Padre. Diles, María”.

Temerosas de hablar al principio, María y las otras mujeres con ella no podían contener su gozo por mucho tiempo. “¡Ha resucitado!” proclamaron. “¡Ha resucitado!”

.....

Despertando antes del amanecer, María cansadamente se preparó una taza de café. Mientras la preparaba, entró al baño, donde se bañó y se vistió en su mejor ropa para domingos. Es tiempo de despertar a las niñas, pensó. Silenciosamente caminó al cuarto de las niñas. Abriendo lentamente la puer-

ta, se detuvo para mirar los rostros inocentes de sus hijas. Elizabeth, de 7, y Ruth, de 5 años de edad, ambas dormían profundamente.

Desde que su esposo, Jaime, murió hace cuatro meses en un accidente automovilístico, la vida era dura. Criar a dos niñas mientras trabajaba todos los días era difícil. La pena casi insoportable de María agravaba su lucha. Jaime había sido un hombre amoroso y atento. Cuando estaba vivo, la vida había parecido tan buena. El vacío de María era hondo y profundo.

María caminó hacia las camas de Elizabeth y Ruth. Suavemente las meció. “Levántense niñas. Es tiempo de prepararse para la iglesia”. “Ay mamá”, gimió Elizabeth. “Ni siquiera ha aclarado todavía”. “Aclarará pronto. Mira por la ventana. Se está aclarando cada vez más”. “¿No podríamos dormir por sólo unos minutos más?” suplicó Elizabeth. “No, lo siento. No queremos llegar tarde a la iglesia. Tú y Ruth deben desayunar y vestirse. No hablemos más. Salgan de la cama. Pueden comer cereal mientras les preparo unos huevos.”

Secretamente, María se puso de acuerdo con Elizabeth. Sería bueno dormir más hoy. Durante la semana casi nunca podía dormir suficiente. Pero este domingo era especial. Era Domingo de Resurrección. O sea, que cansadas o no, ella y las niñas iban a ir a la iglesia.

Jaime siempre había llevado a la familia al servicio matutino en Domingo de Resurrección. Siendo un cristiano devoto, Jaime quería que sus hijas aprendieran a regocijarse en Cristo resucitado. A él le gustaba especialmente el servicio matutino. Le ayudaba a imaginarse como debió haber sido aquella mañana cuando Jesús, resucitado, se apareció primero a las mujeres. Para Jaime, la madrugada del Domingo de Resurrección había tenido un significado especial.

Este Domingo de Resurrección sería el primero desde la muerte de Jaime. Hasta esta mañana, María no había pensado en eso. Pero ahora, mientras las niñas comían su cereal y ella preparaba los huevos, el pensamiento la agobiaba. María lloró.

“Mami, ¿por qué estás llorando?” preguntó Raquel. “Lo siento, amor. Sólo estaba pensando en tu padre”. “Yo extraño a papi”, dijo Raquel tristemente. “Yo también”.

María se secó las lágrimas de sus ojos y mejillas. Dándole un fuerte abra-

zo a sus hijas, dijo: “Vayan y coman ahora. Deben apurarse para que se puedan vestir. No se les olviden los bonitos vestidos nuevos que les compré”. “¡Hurra! ¡Vestidos nuevos!” gritaron mientras se devoraban el desayuno.

Después del desayuno, María tuvo que resolver unas riñas entre hermanas, recordarles a las niñas que se dieran prisa y ayudarles a peinarse el cabello. Finalmente estaban listas. Recogiendo su bolso, Biblia y llaves para el auto, María apuró a las niñas afuera por la puerta del frente.

“Vamos Ruth. Métete en el auto. ¿Qué estás haciendo?” “Mami, mi pie se salió del zapato”. Después de resolver esa crisis, María retrocedió el auto fuera del camino de entrada. El sol empezaba a salir, sus cálidos rayos disipando el frío de la noche. Ahora las muchachas estaban emocionadas, queriendo lucir sus adornados vestidos y hablando acerca de los chocolates que iban a disfrutar más tarde.

María no compartía su gozo. A pesar de la bella mañana primaveral, ella no sentía emoción. No tenía ninguna anticipación. María estaba cansada y deprimida. ¿Para qué levantarse tan temprano? ¿Para qué ir a la iglesia? Aunque tratara, sólo podía pensar en Jaime. Si sólo él estuviera aquí. ¿Por qué estamos haciendo esto de todos modos?

A unas cuadras de distancia un pequeño grupo de personas se estaba reuniendo en la iglesia. Como solían hacer el Domingo de resurrección, las personas venían con el mejor vestido. Se veían vestidos nuevos en todas partes. La iglesia se estaba llenando. Las personas que casi nunca venían a la iglesia frecuentemente, venían a los servicios del Domingo de resurrección.

Los adoradores comentaron acerca de la bella aurora y los bellos lirios que pusieron cerca del púlpito. El pastor, Henry Geenloe, había preparado un buen sermón. Le había pedido a Dios que utilizara su sermón para mover a los que no se han decidido a tener fe en Cristo. Unos pocos minutos antes de que comenzaran los servicios, el auto de María entró en el estacionamiento de la iglesia. Para ese entonces, algo de la depresión se le había ido. Comenzó a tener gratos recuerdos de Domingos de Resurrección pasados. Cuando era niña, había tenido la misma emoción que Elizabeth y Ruth ahora tenían. Y aprendió de Jaime a enfocarse en lo que significaba la Resurrección y no en cómo era observada. “La Resurrección es acerca de la esperanza”, se dijo a sí misma. “Es acerca de cómo la muerte no es el fin. Nos da razón para seguir adelante, a pesar de las pruebas de la vida”.

Después de estacionar el auto, ella y las niñas caminan hacia el frente de la iglesia. Al acercarse al edificio, ve un letrero que anunciaba el sermón para esta semana. En letras grandes decía simplemente, “¡Ha resucitado!”

María paró. Apretando las manos de sus niñas se dijo a sí misma: Sí, debemos estar aquí, aunque por ninguna otra razón que esta: Jesús vive. Nadie sigue igual. La muerte no tiene un derecho perdurable. El Sol de justicia ha salido. ¡Jesús vive! ¡Ha resucitado!

.....

Pablo se inclinó sobre el pergamino. Su carta a los corintios se estaba volviendo extraordinariamente larga. Pero antes de dejar de escribir necesitaba cubrir un tema más. Pablo estaba preocupado. Los problemas en Corinto no eran simplemente de comportamiento. Los miembros allí habían comenzado a dudar de las verdades centrales de la fe. La salvación de algunos estaba en peligro.

Con el corazón oprimido escribió en lo que ahora llamamos Primera Corintios 15: “Ahora, hermanos, quiero recordarles el evangelio que les prediqué, el mismo que recibieron y en el cual se mantienen firmes. Mediante este evangelio son salvos, si se aferran a la palabra que les prediqué. De otro modo, habrán creído en vano.” (versículos 1 y 2)

Después de tanto esfuerzo, después de lo que Jesús había hecho por ellos, lo que menos quería Pablo para los corintios era que su fe hubiera sido en vano. Por eso, para enfatizar la seriedad de la situación escribió, “Porque en primer lugar les he enseñado lo que también recibí”. Pablo entendió que el tiempo puede enturbiar la visión. Las prioridades pueden llegar a confundirse. La apatía puede llegar. Pablo escribió para pelear contra tal corrosión, orando que el Espíritu Santo le daría las palabras que la iglesia necesitaba escuchar.

¿Qué iba en primer lugar? Pablo les recordó “que Cristo murió por nuestros pecados...que fue sepultado y que resucitó al tercer día”. Para Pablo, el evangelio no dejó a Jesús en la cruz. También lo resucitó del sepulcro.

Pablo apoyó su testimonio de la resurrección de Jesús, citando a muchos testigos. Comenzando con Pedro, la lista de Pablo creció hasta que finalmente escribió, “Y al último de todos... me apareció a mí también”. Esa aparición cambió para siempre la vida de Pablo. Y debe cambiar para siempre nuestras

vidas. Nada antes o desde entonces ha sido tan importante en la historia, como la resurrección de nuestro Señor. Toda la eternidad depende de ese evento.

Pablo continuó diciendo, “así predicamos, y así han creído”. ¿Cómo pudieron algunos corintios creer que no hay resurrección? Pablo entendía que no se puede abandonar la doctrina de la resurrección corporal de Jesús, sin abandonar también la fe. Pablo afirmó “Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación; vana también es nuestra fe. Y aún, somos hallados falsos testigos de Dios”.

Unos versos después escribió: “Y si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es inútil; todavía están en sus pecados. En tal caso, también los que han dormido en Cristo han perecido”.

Pablo le aseguró a los corintios, que los cristianos difuntos no estaban perdidos, porque “Cristo sí ha resucitado de entre los muertos... en Cristo todos serán vivificados”. Al concluir su carta, Pablo no sabía cuan importantes sus palabras llegarían a ser. Lo que inicialmente fue una carta para una congregación se convirtió en una epístola siempre viva para la iglesia por todos los siglos.

A través de los siglos los cristianos han encontrado fortaleza en sus palabras. Se han enfrentado a la adversidad, pobreza, sufrimiento y muerte, enfocando en el recordatorio de Pablo de la realidad y posición central de la resurrección de su Señor Jesucristo.

Por casi dos mil años los cristianos han llorado la muerte de sus seres queridos. Por casi el mismo tiempo, las palabras de 1 Corintios 15 han elevado sus espíritus y les han dado esperanza. Quite la resurrección de Jesús y usted destruye su esperanza. El evangelio no deja a Jesús en la cruz o en el sepulcro. El evangelio proclama: “¡Ha resucitado!”

Por dos milenios los creyentes han dicho, “no me avergüenzo del evangelio; pues es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree”. Continúenos diciendo que no nos avergonzamos. ¿Por qué no nos avergonzamos? No nos avergonzamos, porque ¡Él ha resucitado!

La Tumba Vacía:

Una gran promesa cumplida

Cada año el mundo cristiano celebra uno de los hechos más significativos de la vida: la muerte y resurrección de Jesús, el Hijo encarnado de Dios.

La Muerte y Resurrección de Jesucristo marcó el inicio de una nueva vida para la humanidad: ser los Hijos Amados de Dios por siempre. Por su carga emotiva y trágica, resalta el hecho de la pasión y muerte de Jesús. Tal vez por esto no tomamos en cuenta otro aspecto no menos importante, sino que complementa todo un suceso cósmico: la esencia misma del evangelio, el cumplimiento del Plan de Dios iniciado en el principio, es un hito en la eternidad; dicho suceso es por sí mismo lo que culmina lo anunciado por las Escrituras en **Juan 3:16-17**: *“»Pues Dios amó tanto al mundo que dio a su único Hijo, para que todo el que crea en él no se pierda, sino que tenga vida eterna. Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvarlo por medio de él”,* me refiero a la resurrección de Jesús.

Quienes hemos leído la Biblia y sentido la revelación del Espíritu Santo, sabemos que la resurrección de Jesús fue profetizada en muchos pasajes de la Escritura; entendemos el hecho de que Jesús estuvo tres días en la tumba, de acuerdo con la señal del profeta Jonás, que el Hijo de Dios no puede morir porque es eterno; sin embargo, quiero subrayar algunos aspectos evidenciados y relacionados con la resurrección.

Dios creó a la humanidad desde el principio, con un propósito cósmico y eterno: la inclusión en su unidad. *“Incluso antes de haber hecho el mundo, Dios nos amó y nos eligió en Cristo para que seamos santos e intachables a sus ojos. Dios decidió de antemano adoptarnos como miembros de su familia al acercarnos a sí mismo por medio de Jesucristo. Eso es precisamente lo que él quería hacer, y le dio gran gusto hacerlo”.* (**Efesios 1:4-5**)

Para llevar a cabo este plan, el Dios trino estableció que la humanidad mortal y temporal fuera transformada en inmortal y eterna, y el Hijo eterno de Dios sería el medio por el cual el Creador del universo se introduciría en la humanidad para transformarla de tal forma que pudiéramos experimentar la relación misma que gozan el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Cuando el Hijo eterno encarnó en el ser humano Jesús, comenzó la culminación y realización plena del plan eterno de Dios: convertir a seres humanos carnales y temporales en seres eternos que gozan de una vida por siempre en la misma presencia del Dios trino.

Al transformar la mortalidad humana, también transformó la creación entera. Este universo, incluyendo La Tierra, fueron creados para esta humanidad física y mortal y hasta el momento ha cumplido su propósito; sin embargo, Dios dispuso que todos los seres humanos fuéramos incluidos en la relación eterna de Padre, Hijo y Espíritu Santo y para ello, tiene decretada una nueva creación: una tierra y un cosmos nuevo, porque el actual ya no será apto para esta nueva humanidad santa y eterna. (**Isaías 65:17; 66:22; 2 Pedro 3:13 y Apocalipsis 21:1**)

Durante su vida terrenal, Jesús trabajó de tal manera en la transformación humana que, al morir en la cruz acabó con todo lo que no tiene cabida en el nuevo cosmos: la maldad, la perversidad, la ruindad, los deseos de destrucción, alimentados por la envidia, los celos, la soberbia, la mezquindad, y otras “hermosuras” del ser humano alejado de Dios por su propia voluntad y decisión. Jesús sanó y santificó a quienes Él mismo llama “*mis hermanos*”, porque Él es nuestro hermano mayor, quien nos ha abierto brecha en este camino de regreso a casa, de donde salimos.

Veamos los aspectos vitales que el hecho de la resurrección de Jesús nos enseña y nos declara: *“El domingo por la mañana, temprano, mientras aún estaba oscuro, María Magdalena llegó a la tumba y vio que habían rodado la piedra de la entrada. Corrió y se encontró con Simón Pedro y con el otro discípulo, a quien Jesús amaba. Les dijo: «¡Sacaron de la tumba el cuerpo del Señor, y no sabemos dónde lo pusieron!».* Pedro y el otro discípulo se dirigieron a la tumba. Ambos iban corriendo, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero a la tumba. Se agachó a mirar adentro y **vio los lienzos de lino** apoyados ahí, pero no entró. Luego llegó Simón Pedro y entró en la tumba. Él también notó los lienzos de lino allí, pero **el lienzo que había cubierto la cabeza de Jesús estaba doblado y colocado aparte de las otras**

tiras. *Entonces el discípulo que había llegado primero a la tumba también entró y vio y creyó, porque hasta ese momento aún no habían entendido las Escrituras que decían que Jesús tenía que resucitar de los muertos*. (Juan 20:1-9) En los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, la Escritura nos declara una frase contundente: **¡No está aquí! ¡Ha resucitado!** (Mateo 28:6; Marcos 16:6 y Lucas 24:6). El Evangelio de Juan nos enseña otros aspectos que complementan este suceso singular.

“El domingo por la mañana, temprano, mientras aún estaba oscuro”. Para quienes toman muy en cuenta los detalles y las estadísticas, Jesús resucitó el primer día de la semana, o sea, el domingo por la mañana.

“María Magdalena llegó a la tumba y vio que habían rodado la piedra de la entrada”. El hecho de que una mujer fuera la primera en ser testigo ocular de la resurrección es significativo para la humanidad que se ha inclinado siempre por discriminar a las personas que se encuentran en un estado de disminución, tales como las mujeres, los ancianos y los niños, seguidos de los que sufren alguna discapacidad o son migrantes, los que desempeñan trabajos de muy baja indicación en una escala social inventada por el ser humano; en este caso Jesús deja muy en claro que para Dios las mujeres tienen la misma estatura y calidad que los varones, pues Dios hizo a la humanidad varón y mujer (Génesis 1:26-28)

“Vio los lienzos de lino apoyados ahí,... pero el lienzo que había cubierto la cabeza de Jesús estaba doblado y colocado aparte de las otras tiras. El cuerpo de Jesús no se encontró en la tumba, sólo los lienzos de tela que habían servido de mortaja a su cadáver. A los ojos de cualquier ser humano, esta es la evidencia más contundente de que el cuerpo de Jesús no estaba en la tumba. La voz de Dios nos anuncia: **“¡No está aquí! ¡Ha resucitado!”** Y como prueba, ha quedado sólo la mortaja intacta, porque sigue siendo física, sigue formando parte de esta tierra. Igualmente, Jesús nos deja ejemplo de orden y limpieza en su creación porque la mortaja se encuentra doblada y ordenada. Este hecho nos enseña que Dios cuida del orden y del mantenimiento de su creación. Además, esto ya no le sirve a Jesús, quien es un nuevo ser humano, con un cuerpo perfecto y eterno. *“Ahora Dios es humano”* (K. Barth)

“Entonces el discípulo que había llegado primero a la tumba también entró y vio y creyó, porque hasta ese momento aún no habían entendido las Escrituras que decían que Jesús tenía que resucitar de los muertos”.

ras que decían que Jesús tenía que resucitar de los muertos. Esta es la parte más importante y vital de nuestra existencia; lo que nos declara el apóstol Juan es que hasta que Jesús resucitado lo convenció de su nuevo estado, fue cuando realmente se hizo manifiesta su fe.

Es Jesús resucitado quien ahora tiene toda la potestad y la majestad del universo y es nuestro maestro y transformador de nuestro ser. La Biblia nos da muchos ejemplos de cómo Jesús ya resucitado abre la mente y el corazón de las personas para que podamos “*ver y creer*” realmente; tal es el caso de Pedro, Santiago, Juan, Pablo; por nombrar algunos, pero al final de esta lista usted y yo podemos poner nuestro nombre porque también hemos creído en el poder del Jesús resucitado. Ahora se entiende mejor la Escritura siguiente: “*Pues nadie puede venir a mí a menos que me lo traiga el Padre, que me envió, y yo lo resucitaré en el día final*”. (**Juan 6:44**). La frase: “*y yo lo resucitaré en el día final*”, implica que cuando suceda nuestra resurrección, nuestro ser (cuerpo, alma y espíritu) será como el de Jesús; entonces, Jesús resucitado habrá completado la obra iniciada por el Padre.

La tumba vacía es la evidencia de que la nueva humanidad no puede vivir en esta tierra porque es eterna y santa en Cristo Jesús; es necesario recordar que todo el cosmos, incluida esta tierra serán transformados y experimentarán su propia resurrección en “*cielos nuevos y tierra nueva*”. La tumba vacía es la evidencia contundente del gran amor de nuestro Padre, quien nos ama como a Jesús y se complace en sus hijos, quienes ahora son transformados por la obra del Espíritu Santo. La tumba vacía es la promesa cumplida contenida en el plan de Dios desde la eternidad, cuando decretó que seríamos “*santos y sin mancha delante de Él en Cristo*” (**Efesios 1:3**)

Si Jesús resucitado ha abierto su mente y corazón a esta hermosa y sorprendente realidad, entonces su vida, a partir de hoy, tiene otro sentido. “Hoy usted ya está experimentando ser un(a) verdadero(a) Hijo(a) Amado(a) de Dios; muerto(a) en la cruz, sepultado(a), resucitado(a) y sentado(a) a la derecha del Padre, porque donde está Jesús, ahí estamos todos los seres humanos, lo creamos o no. (**Juan 17:24**) Este es el anhelo del Padre desde la eternidad, hecho realidad y nos lo ha mostrado en una tumba vacía. Ahora que estemos celebrando la muerte y resurrección de Jesús, demos gracias por tanto amor demostrado (**Juan 3:16-17**) y gocemos de la vida como verdaderos Hijos Amados de nuestro amoroso Padre.

Razones para creer

“Si Cristo no ha resucitado la fe de ustedes es ilusoria y todavía están en sus pecados” (1 Corintios 15:17)

La resurrección de Jesucristo es de vital importancia para todo cristiano, es más, para todos en este planeta. Porque Cristo venció la muerte, nosotros también tenemos la oportunidad de vivir de nuevo – y también nuestros familiares y amigos que ya sucumbieron ante lo más cierto de la vida: la muerte. Por eso es que el mensaje más emocionante que oídos humanos hayan oído, es el que se anunció a unas mujeres devotas, pero asombradas, afuera de una tumba de roca en la Jerusalén del primer siglo: “¿Por qué buscan ustedes entre los muertos al que vive? No está aquí; ¡ha resucitado!” (Lucas 24:5-6).

Una enseñanza fundamental

La resurrección de Cristo siempre ha sido la enseñanza central del cristianismo. “Si la resurrección no es un hecho histórico, entonces el poder de la muerte permanece y con ella el efecto del pecado” (James Hastings, *A Dictionary of Christ and the Gospels (Un diccionario de Cristo y los evangelios)*, Vol. 2, pag. 514). Michael Green en *Man Alive (El hombre con vida)* es enfático: “Sin fe en la resurrección, ni siquiera existiría el cristianismo”. W Robertson Nicolls, citando a otro escritor, lo pone claro: “La tumba vacía de Cristo fue la cuna de la iglesia” (*The Church's One Foundation (El fundamento de la iglesia)*, pag. 150).

Anclado en la historia

Mencionar a Jesucristo y su vida, muerte y resurrección, es llegar a las raíces de la fe cristiana, porque el cristianismo declara su base en hechos históricos. “Existen mitos antiguos en la literatura pagana acerca de dioses que mueren y logran alguna forma de resurrección,” escribe Philip Rosenbaum, “pero ninguna otra escritura sagrada intercepta la historia humana en la forma en que lo hace la Biblia. Porque es el hecho histórico de la vida, muerte y resurrección de Cristo lo que separa la Palabra de Dios de todas las demás” (*How to Enjoy the Boring Parts of the Bible (Cómo disfrutar las partes*

aburridas de la Biblia), pag. 116).

Las historias del Nuevo Testamento han estado bajo intenso escrutinio y ataque. El filósofo Escocés David Hume, dijo en los 1700s que los milagros — incluyendo la resurrección de Cristo— violan todas las leyes naturales conocidas. El siglo pasado, el teólogo Rudolph Bultmann concluyó: “Un hecho histórico que involucre una resurrección de los muertos es inconcebible”.

A la luz de tales argumentos de los racionalistas y los críticos, no es de extrañar que se hayan formulado teorías para los eventos de la semana de la crucifixión:

1) La teoría del desmayo: Esta es la idea de que Jesús no murió en realidad, sino que simuló una muerte en la cruz, luego dijo a sus discípulos que había conquistado la muerte y se fue a vivir a otro lugar.

2) La teoría del robo: Esta es la idea de que los discípulos, otros simpatizantes, quizá ladrones o aún enemigos de Cristo, robaron el cadáver. Este es el argumento más antiguo y más esparcido contra la resurrección de Cristo.

¿Quién tiene la razón?

¿Qué sobre la teoría del desmayo? Esta teoría insinúa que Jesús planeó — por cualquier razón— el fraude más grande de la historia. ¿Fingió Jesús una muerte en la cruz? No olvidemos que los cuatro evangelios son el principal documento de evidencia de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Estos escritos son enfáticos en que la ejecución de Jesús fue un hecho público certificado por el estado. (Marcos 15:29).

No sucedió en un rincón”, dijo Pablo ante el Rey Agripa, el oficial judío más influyente de esos días. (Hechos 26:26). Los enemigos mortales de Jesús, la elite de liderazgo de la nación, estaban en la escena. Estaban determinados a eliminar a Jesús (Juan 11:46-53). Por eso es que planearon todo a puertas cerradas (Juan 7:25-52). Tenía que ser el crimen perfecto.

Poncio Pilato, el jefe oficial romano en la escena, verificó doblemente que Jesús estaba muerto (Marcos 15:44-45). El testimonio de Juan 19:23 y Marcos 15:39 indica que por lo menos cuatro soldados romanos, incluyendo un centurión, llevaron a cabo la ejecución. Y usted puede confiar en el hecho de que las tropas romanas del primer siglo sabían que era la muerte.

Considere esto: ¿Podrían los enemigos implacables de Cristo –decididos a eliminar el movimiento cristiano– haber permitido fingir una muerte? Esto no es lógico o consistente con sus motivos y con la narración bíblica.

John Stott pregunta: ¿Podemos realmente creer “que después de los dolores del juicio, los azotes y la crucifixión, él pudo sobrevivir... en una sepultura de piedra, sin calefacción, ni comida, ni cuidados médicos? ¿Pudo mover la roca que tapaba la entrada de la tumba... sin despertar a los guardias romanos? ¿Pudo aparecerse a los discípulos y hacerles creer que había vencido la muerte?... Creer tal cosa es más increíble que la duda de Tomás” (*Basic Christianity, (Cristianismo Básico)*, página 49).



Propaganda del primer siglo

El argumento más antiguo contra la resurrección de Cristo es la intrigante teoría de que el cuerpo de Cristo fue robado. Los gobernantes de Jerusalén “le dieron a los soldados una fuerte suma de dinero y les encargaron: “Digan que los discípulos de Jesús vinieron por la noche y que, mientras ustedes dormían, se robaron el cuerpo... Así que los soldados tomaron el dinero e hicieron como se les había instruido. Esta es la versión de los sucesos que hasta el día de hoy ha circulado entre los judíos.” (Mateo 28:11-15).

Pero esta teoría, también es indefendible, no importa quién se piense que fueron los ladrones. En primer lugar, si los guardias estaban durmiendo, ¿Cómo supieron quién se había robado el cuerpo? Segundo, la jerarquía en Jerusalén se contradecía, ellos habían puesto los guardias para prevenir que sucediera este tipo de cosas.



Como pregunta Paul Little en *Know why you believe* (Conozca por qué cree): “¿Qué juez le escucharía si usted dijera que mientras dormía, su vecino vino a su casa y robó su televisión? Un testimonio como este, causaría risas en cualquier corte”.

Una cuestión de fe

El cristianismo es más que una serie de argumentos. Es más que una lista de puntos intelectuales que pueden debatirse. La validez del testimonio del evangelio no está a merced del último descubrimiento arqueológico en el medio

oriente. El cristianismo descansa en la fe, fe basada en una relación viviente con Jesús, ¡un Salvador viviente!

Tomás quería la más fuerte forma de prueba: “Mientras no vea yo la marca de los clavos en sus manos y meta mi dedo en las marcas y mi mano en su costado, no lo creeré” (Juan 20:25). Tomás vio, probó y entonces creyó (v. 26-28). Pero Jesús le dijo: “Porque me has visto, has creído, dichosos los que no han visto y sin embargo creen” (v. 29).

Por eso es que los discípulos salieron de Jerusalén y llenaron el mundo con su mensaje (Hechos 17:6). El Cristo viviente había cambiado sus vidas. Él puede hacer lo mismo por usted.

Apariciones de Jesús Resucitado

Antes del alba, María Magdalena encuentra el sepulcro abierto y anuncia que el cuerpo había desaparecido (Juan 20:1-2).

Llegan otras mujeres y los ángeles les dicen que vayan a avisarle a los discípulos (Mat. 28:5-7; Lucas 24:1-9).

Visitan el sepulcro y encuentran el sepulcro vacío (Juan 20:3-10).

- 1.** Jesús se le aparece a María Magdalena (Juan 20:11-18).
- 2.** Jesús se le aparece a dos mujeres (Mateo 28:9-10).
- 3.** Jesús se le aparece a dos varones camino a Emaús. (Lucas 24:13-33)
- 4.** En un tiempo no especificado, Jesús se le aparece a Pedro (v. 34).
- 5.** Jesús se le aparece a diez de los once (v. 36; Juan 20:24).
- 6.** Una semana más tarde, Jesús se aparece cuando Tomás estaba presente (Juan 20:26-29).
- 7.** Después siete discípulos ven a Jesús en el mar de Galilea (Juan 21:1-22).
- 8.** Los once se reúnen con Jesús en un monte de Galilea (Mateo 28:16-20).
- 9.** En un tiempo no especificado, Jesús se le aparece a más de quinientas personas (1 Corintios 15:6).
- 10.** Jesús se le aparece a Santiago en otra ocasión (v. 7).
- 11.** Jesús se le aparece a los once poco antes de ascender al cielo (Hechos 1:6-11).

La Resurrección de Jesucristo

Guía para estudio bíblico

En una de las declaraciones más enfáticas del apóstol Pablo, él dice: “Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación; vana también es nuestra fe” (1 Corintios 15:14). Si Jesucristo no resucitó, todo lo demás es una pérdida de palabras. Si Él no está vivo ahora, el cristianismo es un fraude sin esperanza. Pero la Buena Noticia es que Jesús verdaderamente ha resucitado, como nuestro Salvador, y nosotros también tenemos la promesa de que resucitaremos. La doctrina de la resurrección es esencial para la fe. El cristianismo depende de la veracidad de esta doctrina. Pero, es más que una doctrina, es una buena noticia, ¡una noticia que nos llena de gozo, esperanza, confianza, emoción y celebración!

[1] ¿Predijo Jesús su muerte y su resurrección? Mateo 16:21; 17:23; Marcos 9:9. ¿Entendieron los discípulos lo que dijo Jesús, y le creyeron? Marcos 9:10; Juan 16:17-18; Marcos 16:11; Lucas 24:11.

[2] ¿Qué convenció a los discípulos de que Jesús resucitó de entre los muertos? ¿Qué vieron ellos en la tumba de Jesús el domingo por la mañana? Mateo 28:1-6; Marcos 16:1-6; Lucas 24:1-12; Juan 20:1-8. ¿Qué evidencia vieron ellos después ese mismo día? ¿Cuándo comenzaron ellos a creer? Mateo 28:7-10; Marcos 16:9-14; Lucas 24:13-16, 30, 43; Juan 20:10-22.

[3] ¿Qué evidencia vieron los discípulos después de ese primer domingo? Mateo 28:16-20; Juan 20:26-29; 21:1-14; Hechos 1:3, 9. ¿Qué testificaron ellos después acerca de lo que habían visto? Hechos 2:32; 3:15; 4:10; 5:30-32; 7:56; 10:39-41; 1 Juan 1:1.

[4] ¿Qué evidencia persuadió a Saulo de Tarso, un incrédulo hostil? Hechos 9:3-6. ¿Qué concluyó él de tal experiencia? Hechos 13:33; 22:6-8, 17-21; 26:14-18. ¿Qué predicó él entonces? 17:3, 18, 31; Romanos 1:4; 1 Corintios 15:8; 2 Timoteo 2:8.

[Comentario] Aunque Jesús había predicho claramente su propia muerte y resurrección, los discípulos no le creyeron. No se podían imaginar a un Mesías que había muerto, y como resultado no entendieron la necesidad de la resurrección. Aun después de la muerte de Jesús, los discípulos no creyeron. Aun después de ver la tumba vacía, no creyeron. No pensaron que verían a Jesús otra vez. ¿Qué convenció a los discípulos de que Jesús había resucita-

do? Jesús mismo. Se les apareció en un ser de carne y hueso. Ellos lo vieron y lo tocaron. Los discípulos vieron al Cristo resucitado en varios lugares, en varias ocasiones. No fueron ilusiones ni alucinaciones. Cientos de personas estaban convencidas de que Jesús estaba vivo, y estaban tan convencidos que predicaron esto aun cuando los amenazaban con la muerte. Ellos no inventaron la historia; la gente no arriesga su vida por algo que consideran falso. Su valor muestra que ellos creyeron, más allá de la sombra de la duda, que Jesús verdaderamente estaba vivo. Ninguna otra explicación tiene sentido. Una víctima golpeada malamente y dejada por muerta a causa de los latigazos y la crucifixión no hubiera podido escapar por sí sola. Tampoco hubiera tenido sentido el que los judíos o los romanos se robaran el cuerpo. Los judíos podían poner fin a la “herejía” de los discípulos si sencillamente hubiesen traído un cuerpo muerto, ¡pero nadie pudo encontrar el cuerpo! La tumba vacía quizá no fue suficiente para convencer a los discípulos, pero una tumba con un cuerpo hubiese sido suficiente para ponerle fin a aquello. No fue una broma. No fue un error. Jesús realmente estaba vivo, y cientos de personas testificaron sobre lo que habían visto y oído. Aun Saulo de Tarso, un enemigo del mensaje, fue convencido cuando Jesús se le apareció. No eran ilusiones, ni fraude, ni alucinaciones, sino un acontecimiento que cambió la vida de Saulo. La resurrección de Jesús cambió nuestras vidas también.

[5] ¿Qué prueba acerca de Jesucristo su resurrección? Romanos 1:4; Hechos 17:31.

[Comentario] Cuando Jesucristo resucitó y ascendió a la mano derecha del Padre, fue un sello de aprobación para Jesús mismo, que mostraba que Él era el Hijo de Dios y su Mesías. Demostró que Él no era un pecador, y que lo que enseñó era verdadero. No obstante, los apóstoles usaron muy poco este argumento. Jesús era el Hijo de Dios aun antes de ser resucitado, y lo que Él enseñó fue cierto, no importa si hubiese resucitado o no. Los apóstoles le dan más énfasis a lo que la resurrección de Jesús significa para nosotros, para nuestra salvación.

[6] ¿Es la resurrección de Jesús una parte importante del mensaje del evangelio? Romanos 10:9; 1 Corintios 15:4; 2 Timoteo 2:8. ¿Es la resurrección parte del simbolismo del bautismo? Romanos 6:4; Colosenses 2:12; 1 Pedro 3:21.

[7] Jesús murió por nuestros pecados para que fuésemos perdonados. Pero, ¿es necesaria su resurrección para nuestro perdón y nuestra justifica-

ción? Hechos 13:37-39; Romanos 4:25; 1 Corintios 15:17. ¿Somos salvos no solo por la muerte de Jesús, sino por su resurrección? Romanos 5:10; Efesios 2:4-6; 1 Pedro 1:3.

[8] ¿Fue Jesús el primero en ser resucitado? Hechos 26:23; 1 Corintios 15:20-23; Apocalipsis 1:5. ¿Sirve la resurrección de Jesús como una promesa de que nosotros también seremos resucitados? Romanos 6:5; 8:11; 1 Corintios 6:14; 2 Corintios 4:14; 1 Tesalonicenses 4:14. ¿Ha roto Jesús el poder de la muerte no solo para Él, sino también para nosotros? Hechos 2:24; Romanos 6:9; Hebreos 2:14-15.

[Comentario] Los judíos creyeron que habría una resurrección al final de los tiempos (Daniel 12:1-3; Juan 11:24). Pero, ¿por qué ocurrió la resurrección de Jesús antes de que viniera el fin? Fue una señal del comienzo del fin: la era del antiguo pacto había llegado a su fin; una nueva era había comenzado. Aunque los últimos días comenzaron con Cristo (Hechos 2:16-17; Hebreos 1:2), la nueva era no está aquí completamente. Estamos viviendo en una era de transición. Algunos aspectos de nuestra salvación ya están aquí; otros todavía no.

[9] ¿La resurrección de Jesús nos afecta a nosotros? Colosenses 3:1-4

[Comentario] Afecta la manera en que vivimos. Ya que hemos sido resucitados con Cristo, debemos buscar las cosas de arriba. Esperamos con confianza nuestra redención total (Romanos 8:23). Ya que Dios resucitó a Jesús de la muerte, podemos estar seguros de que Dios resucitará nuestros cuerpos y que seremos como Jesús en su gloria (1 Juan 3:2). Su resurrección es, por lo tanto, una noticia muy importante no solo acerca de Jesús, sino acerca de nuestro propio futuro.

[10] ¿Cómo seremos en la resurrección? 1 Corintios 15:35-53

[Comentario] Seremos como Jesucristo. Pablo dice que nuestro cuerpo mortal será vestido de inmortalidad; lo corruptible se vestirá de incorrupción. El viejo cuerpo resucitará y tendrá nuevas características. En el versículo 44, Pablo describe nuestros cuerpos mortales con la palabra *psychikon* (de la palabra *psyche*, la palabra para 'alma'). Él describe los cuerpos de la resurrección con la palabra *pneumatikon* (de *pneuma*, la palabra para 'espíritu').

Él no está hablando de cuerpos hechos de alma o cuerpos hechos de espíritu; solo está diciendo que nuestros cuerpos en la resurrección serán cuerpos, caracterizados de alguna forma por espíritu. Nuestros cuerpos serán resuci-

tados con una naturaleza cambiada. Cuando Jesús se le apareció a los discípulos después de la resurrección, su cuerpo era de carne y hueso, pero también tenía capacidades sobrenaturales. No estaba sujeto a las mismas leyes de física. La mortaja quedó en el sepulcro, pero el cuerpo de Jesús no permaneció allí. Fue cambiado de corruptible a incorruptible, un cuerpo sobrenatural. Era su cuerpo, pero había sido cambiado.

[11] ¿Qué ocurrió 40 días después de la resurrección? Hechos 1:3, 9-11. ¿Dónde está Jesús ahora? Hechos 2:33; 5:31; 7:56; Efesios 1:20-21; Filipenses 2:9; Colosenses 3:1; Hebreos 1:3; 8:1; 1 Pedro 3:22.

[Comentario] Al ser elevado al cielo visiblemente, Jesús mostró que estaba dejando a sus discípulos y que iba al Padre en el cielo. Ya no se les aparecería a ellos físicamente, Él se iba. Pero en otro sentido, de otra manera, Él permaneció con sus discípulos (Mateo 28:20). Él todavía vive en sus discípulos (Juan 15:4; Gálatas 2:20; Colosenses 1:27). Él fue el que envió al Espíritu Santo a la iglesia (Juan 16:7; Hechos 2:33). A través de las epístolas, Pablo describe la vida cristiana como estar “en” Cristo. Estamos unidos espiritualmente a Él. Cristo está en nosotros a la vez que está en el cielo. Él puede, por tanto, servir como nuestra conexión con el cielo.

[12] ¿Qué está haciendo Jesucristo en el cielo para ayudarnos? Romanos 8:34; 1 Timoteo 2:5; 1 Juan 2:1. ¿Qué términos en referencia a su obra se usan en el libro de Hebreos? Hebreos 2:17-18; 3:1-6; 4:14-16; 7:24-28; 9:15; 13:20. ¿Qué está haciendo Jesús ahora en la iglesia? Colosenses 1:18; Efesios 5:23; 4:15-16; 1 Pedro 2:25.

[Comentario] Jesús cuida la salud espiritual de cada creyente, intercede por ellos, los perdona, los fortalece. Podemos orar con confianza, sabiendo que tenemos un Sumo Sacerdote que comprende nuestras dificultades. Él no solo ha comenzado una obra en nosotros, Él la completará: Él es el Autor y Consumador de nuestra salvación. Jesucristo continúa dirigiendo y guiando la iglesia que Él edificó. Él continúa viviendo en su gente para que podamos ser más como Él, creciendo en Él hasta que seamos conformados completamente a su imagen. La resurrección de Jesús fue un momento de triunfo, de victoria, de gozo, de adoración y celebración. Fue una demostración de la esperanza que todos los cristianos tienen de conquistar la muerte, de llegar a ser incorruptibles, de ser resucitados a la gloria. Expresa fe, esperanza y gozo. No es sorprendente que los cristianos alrededor del mundo celebremos la resurrección de Jesucristo.

¿Viviremos otra vez?

Un estudio de 1ª Corintios 15:1-23

Pablo escribió su carta a la iglesia de Corinto para referirse a varios problemas y preguntas que tenían los miembros. En el capítulo 15, él responde a la idea de que nadie resucitará de los muertos. Pablo empieza con una enseñanza que la gente ya había aceptado: “Quiero recordarles el evangelio que les prediqué, el mismo que recibieron y en el cual se mantienen firmes. Mediante este evangelio son salvos, si se aferran a la palabra que les prediqué. De otro modo, habrán creído en vano” (versos 1-2). Él describe los puntos principales del evangelio: “...que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado, que resucitó al tercer día según las Escrituras” (vv. 3-4).

Somos salvados por la muerte y la resurrección de Jesucristo. Tenemos esperanza de una vida futura y ella reposa sobre la resurrección de Jesucristo. Ya que Pablo se está enfocando en la resurrección, él cataloga la evidencia de los testigos oculares: “se apareció a Pedro y luego a los doce. Después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, la mayoría de los cuales vive todavía, aunque algunos han muerto. Luego se apareció a Jacobo, más tarde a todos los apóstoles, y por último, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí” (vv. 5-8).

Todos lo hemos visto, está diciendo Pablo, y pueden ustedes mismos verificar eso porque la mayoría de esos testigos están todavía vivos. En los versos 9-10 él se desvía del tema para hablar de su llamado como apóstol; y entonces concluye: “esto es lo que predicamos, y esto es lo que ustedes han creído” (v. 11).

¿Todo en vano? Con este fundamento, Pablo empieza a razonar: “Ahora bien, si se predica que Cristo ha sido levantado de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de ustedes que no hay resurrección? Si no hay resurrección, entonces ni siquiera Cristo ha resucitado. Y si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación no sirve para nada, como tampoco la fe de ustedes” (vv. 12-14).

Los apóstoles son testigos del hecho que Jesús fue resucitado de los muertos. Por tanto, no tiene ningún sentido que alguien que cree en el evangelio, enseñe que no hay resurrección, porque ya ha aceptado un mensaje que proclama la resurrección. Si el mensaje está defectuoso en su base, no tiene sentido predicarlo, y todos deberían abandonarlo y olvidarse de él.

Y si el mensaje está equivocado, los apóstoles son mentirosos: “Aun más, resultaríamos falsos testigos de Dios por haber testificado que Dios resucitó a Cristo, lo cual no habría sucedido, si en verdad los muertos no resucitan” (v. 15).

Pero el problema se hace aun mayor que eso. Pablo señala otra consecuencia lógica: “Y si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes es ilusoria y todavía están en sus pecados” (v. 17). El mensaje del evangelio proclama que Jesús murió por nuestros pecados—pero si el mensaje del evangelio está errado acerca de Su resurrección, no tenemos razón para creer la otra parte del mensaje, que Su muerte se hizo cargo de nuestros pecados. El mensaje de la resurrección está conectado lógicamente con el mensaje de la crucifixión. Si uno es falso, el otro también lo es. Y si la gente muere sin ningún perdón, sin ninguna esperanza de vivir otra vez, entonces no tenía sentido que ellos aceptaran el evangelio: “En este caso, también están perdidos los que murieron en Cristo. Si la esperanza que tenemos en Cristo fuera sólo para esta vida, seríamos los más desdichados de todos los mortales”(vv. 18-19).

En esta vida, corremos el riesgo de ser perseguidos por seguir a Cristo. Renunciamos a nuestros tesoros temporales y placeres en este mundo, pero si esta vida es todo lo que tenemos, ¿por qué deberíamos renunciar a todo? Si renunciamos a todo por un mensaje que ni siquiera era verdadero, seríamos justamente ridiculizados.

Jesús, el primero de muchos

Pero el evangelio dice que en Cristo tenemos esperanza de una vida futura, y ella reposa en la resurrección de Jesús. La Resurrección conmemora no sólo el hecho de que Jesús volvió a la vida—se convierte en una promesa para nosotros de que también volveremos a la vida. Si Él no se levantó otra vez, no tenemos esperanza, ni en esta vida ni en la siguiente. Pero Él sí se levantó, y por lo tanto, sí tenemos esperanza. Pablo reafirma la buena noticia: “Lo cierto es que Cristo ha sido levantado de entre los muertos, como primicias de los que murieron” (v. 20).

La palabra primicias es altamente significativa. En el antiguo Israel, los primeros granos en ser cosechados cada año eran cuidadosamente cortados y ofrecidos en adoración a Dios. Sólo entonces podía ser comido el resto de los granos (Lev. 23:10-14). Cuando ellos ofrecían las primicias, estaban reconociendo que todos sus granos eran un don de Dios; la ofrenda de las primicias representaba toda la cosecha. Cuando Pablo llama a Jesús *las primicias*, él está diciendo que Jesús es la promesa de una cosecha mucho más grande aun por venir. Él es el primero en ser resucitado, pero Él representa a muchos más que también serán resucitados. Nuestro futuro depende de Su resurrección. No sólo lo seguimos a Él en Sus sufrimientos, también lo seguimos a Él en Su gloria (Romanos 8:17).

Pablo no nos ve como individuos aislados—Él nos ve como perteneciendo a un grupo. Pero, ¿cuál grupo? ¿Seremos personas que seguimos a Adán, o que seguimos a Jesús? “Ya que la muerte vino por medio de un hombre”, dice Pablo, de la misma manera, “también por medio de un hombre viene la resurrección de los muertos. Pues así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos volverán a vivir” (vv. 21-22).

Adán fue las primicias de la muerte; Jesús fue las primicias de la resurrección. Si estamos en Adán, compartimos su muerte. Si estamos en Cristo, compartimos Su resurrección. El evangelio dice que todos los creyentes serán vivificados en Cristo. Este no es un beneficio temporal en esta vida—es algo que disfrutaremos en la eternidad. “Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; después, cuando él venga, los que le pertenecen” (v. 23).

Tan seguro como que Jesús se levantó de la tumba, nosotros también nos levantaremos, a una nueva e increíblemente mejor vida. ¡Regocíjate! Cristo ha resucitado, ¡y nosotros también resucitaremos! ■

Preguntas para diálogo

1. Todos los que vieron al Cristo resucitado ya están muertos. ¿Es el testimonio ocular de ellos todavía bueno? (vv. 5-8)
2. ¿Por qué querría alguien predicar que no hay resurrección? (v. 12)
3. ¿Tiene algún valor la fe cristiana, para la vida antes de la muerte? (v. 19)
4. ¿Es justo que Adán determine el destino de todos sus descendientes? (v. 22)

¿Cuánto tiempo estuvo Jesús en el sepulcro?

“Porque así como tres días y tres noches estuvo Jonás en el vientre de un gran pez, también tres días y tres noches estará el Hijo del hombre en las entrañas de la tierra”. (Mateo 12:40)

En Mateo 12:40, Jesús dice que estaría en el corazón de la tierra “tres días y tres noches”. Con respecto a esto, algunos creen y enseñan: 1) que aquí Jesús no está hablando de manera retórica sino literal, 2) que Jesús, por consiguiente, tuvo que estar en el sepulcro exactamente 72 horas, 3) que como fue puesto en el sepulcro por la tarde, resucitó por la tarde y 4) que esto requiere una crucifixión en día miércoles. Además, enseñan que esta era la única señal que Jesús dio de que era el Cristo, y que Jesús tenía que estar en el sepulcro exactamente 72 horas, si no, Él no era nuestro Salvador.

Los Evangelios nos dicen claramente que el día en que las mujeres encontraron la tumba de Jesús vacía era un domingo por la mañana. Los Evangelios dicen que las mujeres vinieron a la tumba *"al alba en el primer día de la semana"* (Mateo 28:1), *"muy temprano en el primer día de la semana"* (Marcos 16:2), *"en el primer día de la semana, muy temprano por la mañana"* (Lucas 24:1), o *"temprano en el primer día de la semana, mientras todavía estaba oscuro"* (Juan 20:1). Las mujeres fueron a la tumba alrededor del alba en el "primer día de la semana", (o domingo), y la encontraron vacía. Pareciera por estos acontecimientos que la resurrección de Jesús resucitó sucedió durante las primeras horas del domingo.

Entonces se produce la siguiente pregunta: ¿En qué día de la semana fue crucificado y enterrado Jesús? Algunos creen en que Jesús fue crucificado en miércoles y se basan en Mateo 12:40. En este versículo Jesús dice que: *"Como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de un pez, así el Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en la sepultura"*. Los defensores de que la crucifixión fue en un miércoles, dicen que este versículo significa que

Jesús estuvo exactamente tres días y tres noches o 72 horas en la tumba. Así él fue sepultado cerca del ocaso de la tarde del miércoles y en la tarde del ocaso del sábado había resucitado.

Sin embargo, si leyéramos otros 20 pasajes del Nuevo Testamento en que Jesús y los apóstoles se refieren a la longitud de tiempo en que él estaría en la tumba, nos obligarían a llegar a la conclusión que esos pasajes no enseñan un tiempo de tres días en forma literal que Jesús estuvo en la tumba. Usted puede verificar los siguientes versículos en donde la longitud de tiempo entre la muerte, sepultura y resurrección de Jesús, se menciona: Mateo 16:21; 17:23; 20:19; 26:61; 27:40, 64; Marcos 9:31; 10:34; 14:58; 15:29; Lucas 9:22; 13:32; 18:33; 24:7, 21, 46; Juan 2:19, 20; Hechos 10:40; 1ª Corintios 15:4. En 20 lugares las expresiones indefinidas tal como "al tercer día resucitará" se da como la longitud de tiempo entre estos eventos.

Jesús predijo que iba a ser crucificado y que resucitaría "al tercer día" (Lucas 9:22; 18:33; 24:7, 46). El domingo por la tarde, los apóstoles describieron la crucifixión (24:20) y dijeron: "hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido" (24:21). Entendían que el domingo por la tarde era el tercer día desde la crucifixión. Pero si la crucifixión hubiera sido un miércoles, el domingo por la tarde hubiera sido el cuarto o quinto día, dependiendo de cómo se cuenta. ¿Estaban equivocados los discípulos? Lucas informa que su comentario es verdadero, y Teófilo ciertamente hubiera tenido la impresión de que Jesús fue crucificado un día antes del sábado (Lucas 23:54).

El versículo 56 se refiere al sábado semanal, y así es como Teófilo hubiera entendido el versículo 54, también, ya que no hay ninguna pista en Lucas de que hubiera podido haber más de un "sábado" esa semana. La evidencia del libro de Lucas parece indicar consecuentemente una crucifixión en viernes, y el domingo es el tercer día desde el viernes. Esa es la manera en que Teófilo hubiera contado con la evidencia disponible para él. La costumbre judía es de contar inclusivamente, esto es, contando el principio como primero. Al contar Pentecostés, por ejemplo, el día 50 es 49 días después de la gavilla mecida (según como contamos). O cuando Juan dijo: "ocho días después" (Juan 20:26), quería decir una semana más tarde.

En esta manera tradicional de contar los días, el domingo se consideraría el tercer día desde el viernes. Lucas nos dice que Jesús resucitó el tercer día después de la crucifixión. Se puede observar otro ejemplo de contar inclusi-

vamente en el libro de Ester. Ella prometió no comer o beber nada en “tres días” y después ir al rey (Ester 4:16), pero ella fue al rey “al tercer día” (5:1).

Aparentemente cualquier porción del día era suficiente para contar por el día y la noche. Una frase bíblica que nos parece ser exacta no necesariamente corresponde con las ideas modernas acerca de medir el tiempo con exactitud.

Aquellos que creen que la crucifixión ocurrió en miércoles desatienden la inexactitud acerca de tiempo de estos pasajes e interpretan Mateo 12:40 en una manera literal, indicando un lapso de tiempo de 72 horas. Pero esta manera de razonar crea una contradicción. Por ejemplo, Mateo usó la frase "tres días y tres noches" para referirse al tiempo en que estuvo enterrado Jesús, también dice: *"El Hijo del Hombre va a ser traicionado en manos de los hombres, Ellos lo matarán, y al tercer día resucitará"* (17:23, énfasis nuestro).

Tomando la frase de Mateo 12:40 "tres días y tres noches" para denotar 72 horas exactamente crea un problema interno con el versículo 17:23 del Evangelio de Mateo. Veremos el por qué: el transcurso de tiempo entre morir y resucitar “en el tercer día”, como se describe en 17:23, es más largo que el tiempo entre ser sepultado y resucitado, como se refiere en el versículo 12:40. Más aún, 17:23 utiliza la expresión ("en el tercer día") eso implica un período de tiempo más corto, si aseguramos que Mateo 12:40 ("tres días y tres noches") debe ser entendido literalmente en 72 horas. Para que algo ocurra "en" el tercer día es que ello suceda en menos tiempo que los tres días y tres noches hayan pasado. Pero Jesús estuvo muerto en un lapso de tiempo antes de ser sepultado. ¿Cómo, entonces, pudo el tiempo entre su muerte y la resurrección ser "en el tercer día" (menos de tres días literales) pero el tiempo entre su entierro y su resurrección ser de tres días y tres noches (72 horas)?

Por consiguiente, el afirmar que la frase "tres días y tres noches" deben tomarse literalmente como un período de 72 horas, crea lo que parece ser una contradicción dentro del Evangelio de Mateo. La teoría de las 72 horas también causa a Mateo un conflicto con lo que dicen Marcos, Lucas, Juan y Pablo respecto a la duración del tiempo entre la muerte de Jesús, su sepultura y su resurrección.

Los defensores de la crucifixión del miércoles dicen que debemos tomar Mateo 12:40 literalmente. Su punto de vista es que Jesús dijo que él resuci-

taría después de tres días y tres noches contados a partir de su sepultura, y que es como debemos leerlo. Pero, ¿debemos tomar Mateo 12:40 literalmente?

Quizás la fuente de la confusión sobre Mateo 12:40 precisamente ocurre porque intentamos leerlo en una forma literal, como si se refiriera a un lapso de tiempo de exactamente 72 horas. Lo que podemos hacer es leer bajo nuestra manera de medir el tiempo en función de la perspectiva que tenían los antepasados para medir el tiempo, o imponer nuestro sentido de medir el tiempo en contraposición con el sentido que tenían los antiguos judíos. En efecto, Mateo 12:40 puede ser consistente y reflejar la manera que la gente pensaba en esos días, no en nuestra era.

¿Hay ejemplos bíblicos dónde "después de tres días y tres noches" no pueda significar 72 horas exactamente? Sí, 1^a Samuel 30 es un ejemplo. El acontecimiento en este capítulo está referido sobre David y los Amalecitas, y ciertos eventos en el pueblo de Siclag. En el versículo uno nos dice que, "*David y sus hombres divisaron Siclag en el tercer día*" (el énfasis es nuestro). Al llegar a Siclag, David encontró a un egipcio, esclavo de un Amalecita. Él le dijo a David: "*Mi amo me abandonó cuando yo me puse enfermo hace "tres días"*" (versículo 13). El relato cuenta que el egipcio no había comido o había bebido durante "*tres días y tres noches*" (versículo 12).

"En el tercer día" necesariamente no es tres días completos. De hecho, serían menos de 72 horas. "Hace tres días" es igualmente vago, como podría ser menos de tres días completos. Aunque este tiempo equivale con "tres días y tres noches." Es ciertamente posible, o incluso probable, que aquí no estamos tratando de un período completo de 72 horas. Si ése es el caso, entonces "tres días y tres noches" podrían ser una expresión idiomática que se referiría a las partes de tres días. 1 Samuel 30 indica que "tres días y tres noches" eran una expresión que no necesariamente significó un lapso de 72 horas completas.

Otros ejemplos donde las variantes de la expresión usan "tres días" incluye los siguientes pasajes: Génesis 42:17-18 ("Por tres días" = "en tres días"); 2^o Crónicas 10:5, 12 ("tres días después" = "en tres días") y Esther 4:16-5:1 ("durante tres días" = "en el tercer día").

¿Perdemos algo significativo sobre la muerte de Jesús y su resurrección si Mateo 12:40 es una referencia inexacta del lapso de tiempo entre estos dos

eventos? Las referencias del Nuevo Testamento mencionadas acerca de esto son inexactas medido por nuestras normas de tiempo, pero ello aún establece el hecho que Jesús estuvo en la tumba por un periodo bastante largo de tiempo que no habría ninguna duda sobre su muerte. Estar en la tumba parte de tres días, quizás aproximadamente 36 horas (permite que la crucifixión del viernes y una resurrección en domingo) sea suficiente para demostrar esto.

Sin embargo, los que afirman una sepultura de 72 horas dicen que la cantidad de tiempo que Jesús estuvo en la tumba era la señal que él dio de su mesianismo. ¿Pero es esto verdadero? Mientras los apóstoles se refirieron de una manera general a la longitud de tiempo en que Jesús estuvo muerto y sepultado, ellos nunca usaron la medida cronológica como prueba. Los Apóstoles usaron expresiones tales como "después de tres días" o "al tercer día," pero no intentaron demostrar una longitud exacta de tiempo. Los apóstoles hablaron de la propia resurrección, no del tiempo en que transcurrió, como prueba de que Jesús es el Mesías. La posición razonable que el hecho de la muerte y resurrección de Jesús es la muestra que él es nuestro Salvador. Si Jesús estuvo en la tumba dos, tres o diez días, no afecta su mesianismo.

En resumen, si recordamos que la frase "tres días y tres noches" es una expresión cultural en la época de los discípulos, en lugar de una exactitud científica, entonces no debemos tener ningún problema en comprender Mateo 12:40. La "señal" que Jesús dio no fue la longitud de tiempo que él estaría en la tumba, sino era el hecho que él moriría, estaría sepultado y resucitaría a la vida. No necesitamos determinar el tiempo exacto que Jesús estuvo en el sepulcro, nuestra salvación no depende de eso. Lo que es importante es que Jesús murió y fue resucitado para salvarnos (2ª corintios 15:3-4).

Celebrar la Resurrección de Jesús

“Uno hace diferencia entre día y día; otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté plenamente convencido en su propia mente”. (Romanos 14:5-6)

En aquella mañana de domingo hace mucho tiempo, cuando los discípulos de Jesús encontraron por primera vez a su Señor resucitado, le “abrazaron sus pies y le adoraron” (Mateo 28:9). Desde entonces, los cristianos han apartado un tiempo cada año para conmemorar la crucifixión y resurrección de Jesús. Esta observancia ha sido conocida como “Domingo de Resurrección”.

A mediados del segundo siglo, diferentes fechas habían surgido en diferentes comunidades cristianas para la celebración anual de la resurrección de Jesús. Algunas comunidades cristianas en Asia Menor terminaban un período de ayuno en el 14 de Nisán según el calendario judío y celebraban la resurrección del Señor. Estas comunidades afirmaban haber recibido esta tradición del apóstol Juan.

La mayoría de los cristianos fuera de Asia Menor tenían su propia tradición antigua con respecto a la celebración de la resurrección de Jesús. Ésta estaba basada en el calendario juliano, en vez del calendario utilizado por los judíos.

La tradición de la mayoría de los cristianos desde el segundo siglo era la de observar la celebración anual de la resurrección de Jesús en un domingo, cerca del equinoccio de la primavera. Aseguran trazar su tradición a Pedro y Pablo. La tradición de algunos cristianos de Asia Menor era la de observar su celebración anual la misma fecha del calendario cada año (la fecha judía del 14 de Nisán). Aseguraban trazar su tradición al apóstol Juan.

Con el tiempo, una discusión surgió entre las iglesias de Asia que seguían la tradición del 14 de Nisán (conocidos en la historia eclesiástica como los cuarto-decimanos [decimocuartos]) y el resto de la cristiandad, la cual sigue

la tradición occidental, en cuanto a cómo determinar la fecha para la celebración cristiana del aniversario de la resurrección del Señor.

Cerca del año 154 de nuestra era, Policarpo, obispo de Esmirna en Asia Menor, visitó a Aniceto, obispo de la iglesia en Roma. Discutieron acerca de sus diferentes prácticas, y cada uno reconoció que el otro tenía una tradición legítima para basar su práctica. Acordaron respetar las costumbres de cada uno.

Una generación después, cerca del año 190 de nuestra era, Víctor, obispo de Roma, trató de imponer la tradición occidental a las iglesias en Asia Menor que todavía seguían la tradición del 14 de Nisán para celebrar la resurrección del Señor.

Polícrates, obispo de Éfeso, resistió estas imposiciones, y su petición de tolerancia a otros compañeros cristianos fue apoyada por algunos obispos del oeste, incluyendo Ireneo, obispo de Lyon en las Galias (Francia moderna), aunque estos obispos no estaban de acuerdo con la tradición del 14 de Nisán. Víctor fue persuadido a no insistir, y las dos tradiciones con respecto a la celebración de la resurrección continuaron juntas por otro siglo y medio (Eusebio, *Historia eclesiástica*, capítulo 24).

El concilio de Nicea en 325 resolvió las diferencias en práctica. En beneficio de la uniformidad, el concilio decretó que las iglesias de Asia Menor abandonarían la tradición del 14 de Nisán y adoptarían la tradición de las iglesias occidentales.

Desde entonces todas las iglesias cristianas deberían celebrar la resurrección de Jesús en el domingo después de la luna llena que sigue al equinoccio del 21 de marzo. La práctica de celebrar la resurrección de Jesús el 14 de Nisán persistió por algún tiempo en algunas pocas regiones de Asia Menor. Ambas maneras de entender la fecha para celebrar el festival datan de las tradiciones apostólicas. Una enfocó en el día del mes (como lo determina el calendario judío).

La otra observancia tradicional, conocida hoy día en los países de habla inglesa como "Easter" (las naciones que usan francés, español, italiano y griego todavía se refieren a esta observancia de la resurrección de Jesús como Pascua), enfocados en un día de la semana determinado por el calendario romano. El calendario romano, desde su reforma por el papa Gregorio

XIII en 1582, es la base para el calendario que usamos hoy en día.

Continuar la tradición del 14 de Nisán hoy en día, es seguir una antigua tradición cristiana basada en el calendario judío litúrgico. El asunto, después de todo, es una ceremonia sagrada conmemorando un evento sagrado; no un calendario sagrado o un día sagrado.

Objeciones en contra del “Domingo de Resurrección

Algunas iglesias enseñan que el Domingo de Resurrección era una fiesta pagana. Según ellos, los cristianos no están celebrando a Jesús, sino a una antigua deidad pagana cuando participan en los servicios del Domingo de Resurrección a la salida del sol. Examinemos algunas objeciones que comúnmente se hacen en contra del Domingo de Resurrección y veamos si tienen mérito alguno.

La palabra “Easter”

Algunos enseñan que la palabra inglesa “Easter”, la cual se utiliza en países de habla inglesa para referirse al Domingo de Resurrección, se deriva del nombre de la diosa alemana de la primavera, Astarte. El monje inglés, Venerable Bede, quien vivió durante el siglo VIII, popularizó este punto de vista. No obstante, esta idea no es del todo cierta. ¡Los traductores de la versión de la Biblia en inglés “King James” ciertamente no entendían la palabra “Astarte” de esta manera cuando la usaron para traducir la palabra griega *pascha*, o Pascua, en Hechos 12:4

Otra explicación es que “Easter” se deriva de una antigua raíz alemana, *ostern*, para alba o este, la cual es el tiempo y lugar del sol naciente. Esta tiene más sentido como una razón por la cual el día conmemorando la resurrección de Jesús hubiera comenzado a llamarse “Easter”. Se cree que Jesús resucitó cerca del alba o la salida del sol el domingo de resurrección (Mateo 28:1; Marcos 16:2). Ya que Él es llamado “el Sol de justicia” (Malaquías 4:2), sería muy apropiado llamar un día en honor de su resurrección, “Easter”; el amanecer del Sol Naciente, Jesús. (Jehová en el Antiguo Testamento es llamado “sol” en Salmos 84:11.)

De todos modos, aún si la palabra “Easter” estaba asociada con la antigua diosa, no quiere decir que no podemos usar la palabra hoy en día. Tenemos muchas palabras que estaban conectadas con dioses antiguos. Por ejemplo, nuestra palabra “cereal” viene del nombre de la antigua diosa de la agricul-

tura, Ceres. La palabra en inglés para ropa, “cloth” viene de Clotho, la diosa solterona que se decía hilaba el hilo de la vida. La palabra “himno” se dice venir del dios del matrimonio, Hymen, y en tiempos antiguos significaba cualquier canción ofrecida en adoración u honor de uno o más dioses. Pero cuando usamos “himno” en los servicios de la iglesia, nos referimos a una canción de adoración del verdadero Dios. Cuando usamos la palabra “cereal” no estamos pensando en la diosa o adorándola a ella, sino en alimentos que usamos para desayunar.

Servicios a la salida del sol

El servicio del Domingo de Resurrección a la salida del sol es considerado también como pagano por los detractores. Indican a Ezequiel 8:14-17, el cual describe a individuos con sus caras hacia el oriente, adorando al sol. A esta práctica en Ezequiel se refiere como idolatría y una abominación a los ojos de Dios. Los críticos afirman que los servicios a la salida del sol del Domingo de Resurrección son una réplica de esta vana adoración en la antigua Israel.

No obstante, los individuos en Ezequiel estaban *abandonando* la adoración del Dios verdadero, como es evidente al voltear sus espaldas hacia el templo del Señor (versículo 16). Estaban adorando al sol voluntariamente. Cuando los cristianos asisten a un servicio de Domingo de Resurrección al salir el sol, adoran a Dios y a Cristo, recordando el significado de la resurrección. El alba o salida del sol tiene gran valor simbólico porque nos recuerda de que Jesús es el Alba de nuestra salvación, y que Él resucitó un domingo por la mañana junto con el sol.

¿Adoraron los paganos el sol? Claro que sí. Los paganos adoraban muchas cosas, incluyendo las estrellas, la luna, muchos animales, y aun la misma tierra. Algunos cristianos devotos ven esto, y a veces confunden las antiguas formas con la sustancia moderna. Señalan la asociación de alguna tradición moderna con una celebración religiosa antigua, y gritan “pagana”. Mientras admiten el poder transformador de Cristo en las personas, lo niegan para las costumbres y tradiciones.

El sistema de adoración de Israel

Sin embargo, lo que frecuentemente no se nota es el hecho de que muchas de las prácticas que Dios mandó para la antigua Israel habían existido previamente en el paganismo. Templos, sacerdotes, vestiduras sacerdotales,

incienso, sacrificios animales, y la temporada de la cosecha como el eje de los festivales; estas y otras formas usadas en los cultos paganos encontraron su doble en el sistema de culto de Israel dado por Dios.

Los festivales anuales o “días santos” que Dios le dio a Israel como parte del antiguo pacto estaban basados en las fases de la luna. El festival de Trompetas caía en luna nueva del séptimo mes. Los israelitas incluso tenían una celebración de la luna nueva con un tocar de cornetas (Salmo 81:3). Sin embargo, la luna regularmente era adorada como un dios o una diosa en otras culturas. De ahí viene el nombre “lunes”. Era el día apartado en honor a la luna. Si fuéramos a aplicar al sistema de adoración de Israel (el cual les dio Dios), el mismo razonamiento que algunas personas usan para llamar a la celebración del Domingo de Resurrección “pagana”, estuviéramos falsamente pintándola con el pincel del paganismo.

De hecho, Dios transformó muchas costumbres paganas en una forma de adoración dedicada a Él. Aun el sol, universalmente adorado como un dios por las culturas paganas, es usado en la Escritura para simbolizar un aspecto de la gloria de Jesús. Lucas lo llamó “el sol naciente” (Lucas 1:78 NVI). Jesús también es llamado “la estrella resplandeciente de la mañana” en la Escritura (Apocalipsis 22:16). Dios puede usar símbolos mal usados por los paganos y transformarlos para su propio uso, y para la adoración aceptable.

El punto es que aun si hubiera alguna vez un festival pagano de “Easter” en la primavera, o si la palabra misma tuviera un significado pagano, no importa. Nadie cree que la frase “servicios de Domingo de Resurrección” significa un antiguo rito pagano o que él o ella están adorando al sol.

Como se indicó con respecto al lunes, algunos de los nombres de los días de la semana tienen significado pagano y fueron nombrados en honor a dioses paganos. Lunes era el día de la luna; martes el día de Marte; miércoles era el día consagrado a Mercurio y jueves era el día de Júpiter. Pero no adoramos a dioses paganos cuando decimos o usamos estos nombres para nuestros días. No pensamos en adorar a dioses antiguos cuando llega un día nuevo. Es lo mismo con la palabra “Easter”. No importa si haya o no tenido una conexión pagana. Ya no pensamos más de ella en estos términos.

Lo mismo se aplica a los servicios de culto el Domingo de Resurrección. Si había celebraciones paganas de “resurrección” a diferentes dioses en domingo; y sin duda las había, no importa. Esas instituciones, si existían, han

sido transformadas por Dios para su uso tal como transformó sistemas paganos sacrificatorios y sacerdotales para su uso. El sistema religioso de Israel podía tener formas anteriormente usadas por las religiones paganas, pero Dios quiso que estas fueran transformadas como vehículos para la adoración divina.

Los cristianos hacemos lo mismo con la adoración en el Domingo de Resurrección. En la actualidad, en este día, los cristianos adoran a Cristo. Eso es lo importante. A no ser que concluyamos que celebrar la resurrección es en sí mismo algo detestable, su celebración en lo que era un día de fiesta pagana es impertinente. Debemos recordar que Pentecostés, uno de los festivos del antiguo pacto dados a Israel de parte de Dios, caía en domingo. Igualmente, el Espíritu Santo vino primero en este día, como sabemos de Hechos 2. Sabiendo esto, entendemos que los cristianos que observan el Domingo de Resurrección no están involucrados en adoración pagana. No adoran o veneran a dioses paganos. Honran a Cristo como Señor y Salvador.

Huevos de pascua y conejos

Debemos explicar otra objeción principal al “Domingo de Resurrección” (la Pascua Florida). Lo que parece ser particularmente ofensivo a algunas personas es el uso de huevos coloreados durante la pascua. Otra objeción relacionada tiene que ver con referencias a los conejos, los cuales son conocidos por sus capacidades reproductivas prodigiosas.

Claro está, es muy evidente que los pueblos paganos usaban huevos en rituales y ceremonias dedicadas a sus dioses, y en ritos de la fertilidad. Pero preguntemos primero por qué se usarían huevos en actividades religiosas. Ciertamente son un símbolo de vida nueva, y entonces serían una metáfora de la fertilidad. Ya que la naturaleza cobra vida en la primavera, no debe sorprendernos que los huevos pudieran ser asociados con las festividades en este tiempo. Desde luego también es cierto que muchos de los ritos paganos de fertilidad estaban asociados con prácticas abominables tales como la prostitución del templo y otros desenfrenos.

Por otro lado, veamos a la fertilidad y a los huevos de pascua desde otro punto de vista. Dios creó el huevo, y ya que Él es el dador de la vida, no sería malo pensar del huevo como un símbolo de la bendición de vida que Dios nos da a nosotros. No confundimos al huevo con la vida. Como cristianos, sabemos que Dios creó la vida y que viene de Él.

La fertilidad es algo que Dios mismo ordenó. Le dijo a Adán y a Eva que fueran fecundos y se multiplicaran (Génesis 1:28). Los hijos son una bendición del Señor. También son la abundancia de ganado y pescados. La habilidad de la vida de reproducirse es un gran y necesario don de Dios para que podamos vivir nuestras vidas físicas.

Los antiguos no estaban equivocados al entender el papel clave de la fertilidad en la vida, ni en saber que el sexo y la reproducción son dones de Dios. En lo que erraron fue en adorar lo creado en vez de al Creador, y después adorar en maneras que eran abominables para Dios; tales como en juegas de fertilidad, que incluían la prostitución del templo.

Pero no hay nada inherente malo con los huevos o los conejos. Cuando se asocian con la pascua, ninguno se usa de la manera como los paganos pudieron usarlos. De hecho, en tiempos modernos no se piensa de los huevos como si fueran algo religioso. La fiesta de esconder huevos es simplemente un tiempo secular de diversión para los niños y nada más. Ponemos conejos de chocolate en canastas de pascua, pero no tienen ninguna asociación cristiana religiosa. Además, la conexión pagana simplemente ya no existe. No es necesario ver a los huevos de pascua o a los conejos como malos, porque Dios los creó a ambos.

La celebración del Domingo de Resurrección no está en la Biblia

Otra objeción a la observancia del Domingo de Resurrección que hacen algunos es que ésta no se menciona en la Biblia. Algunas personas creen que no debemos apartar ningún día de adoración a no ser que sea específicamente ordenado en la Biblia. Ya que no hay un ejemplo directo de la iglesia celebrando la resurrección en el Domingo de Resurrección, estas personas dicen que no debemos hacerlo.

Por supuesto, no hay ningún mandamiento en el Nuevo Testamento de celebrar la resurrección de Jesús. No obstante, tampoco hay un mandamiento que diga que *no* se debe celebrar o conmemorar. Considere esto. Si sólo pudiéramos observar los tiempos de adoración religiosa que el Nuevo Testamento menciona específicamente, entonces no podríamos hacer casi nada en términos de adoración y ceremonia cristiana. Por ejemplo, ninguno de los apóstoles figura oficiando una ceremonia matrimonial o un entierro. No hay ningún ejemplo de los servicios de la iglesia tal como los tenemos en nues-

tras iglesias. Pero estas son parte de nuestras vidas, y de la experiencia y adoración cristianas.

El tema central con respecto a la observancia del Domingo de Resurrección es este: ¿cuánta libertad tienen los cristianos en el nuevo pacto, tanto individualmente o como una iglesia para expresar su fe, adoración y gratitud hacia Cristo en formas que no se encuentran en la Biblia? ¿Tienen los cristianos la libertad de innovar en la adoración? ¿Pueden los líderes de la iglesia establecer días especiales para celebrar los grandes actos de salvación?

Ciertamente, la Biblia en ningún lugar nos dice que debemos celebrar el Domingo de Resurrección. Pero, como se mencionó anteriormente, tampoco nos dice en ningún lugar que no debemos celebrar la resurrección de Jesús en este día. El hecho es que la Biblia da ejemplos en que Dios le permitió a los seres humanos establecer tiempos y formas de adoración diferentes a los que Él había específicamente ordenado.

Cuando Israel añadió Hanukkah y Purim a su calendario religioso; eventos que celebraron los hechos de salvación de Dios en la historia judía, éstos fueron aceptables a Dios. Jesús asistió a la adoración en el templo durante Hanukkah, entonces llamada la fiesta de la Dedicación (Juan 10:22). Los judíos añadieron la sinagoga y sus tradiciones, y en ningún lugar se dice que esto fue desagradable para Dios. En Juan 7:37 se sabe que Jesús se refirió a la ceremonia judía de sacar el agua, la cual representaba la salvación que buscaban. Jesús no condenó esta ceremonia sino la usó como un vehículo conveniente para explicar que Él era el que traería la salvación verdadera.

Ejemplos como estos han llevado a muchos cristianos a la conclusión que la iglesia también tiene la libertad de añadir a su calendario festivales que celebran los hechos redentores a través de Jesús. Central entre éstos es la resurrección de Jesús, la cual es celebrada en la primavera (1 Corintios 15:3-4).

Es bueno celebrar la resurrección de Jesucristo en el Domingo de Resurrección. Es agradable para Dios ver a su pueblo adorando a Jesús y teniendo entendimiento del significado de su resurrección. Después de todo, la resurrección de Jesús debe ser una causa de gran regocijo y celebración. Es nuestra esperanza de vida eterna.

El amor, no un mandato, es lo que motiva a los cristianos a celebrar el

Domingo de Resurrección. Juzgar severamente a aquellos que eligen practicar su fe en este espíritu de devoción choca con muchos principios del Nuevo Testamento. El hecho de que los que no son cristianos o incluso algunos cristianos celebran el Domingo de Resurrección sólo en una manera seglar o, quizás hasta en una forma profana, no es razón para abandonar la celebración devota durante la temporada de “Semana Santa”. Si algunos celebran durante esta temporada en una manera errónea, esto no es un problema con la temporada sino con las personas que la celebran en una manera errónea. Tal como algunos tienen que poner a Jesús en la Navidad, otros quizás tengan que poner a Jesús en la “Semana Santa”. Cada uno tiene la libertad de celebrarlo o no celebrarlo. La iglesia espera que los cristianos que celebran el Domingo de Resurrección y aquellos que no, estén ambos tratando de honrar a Jesucristo (Romanos 14:5-6).✠

Hagan correr la voz: ¡Él vive!

*“Y juntamente con Cristo Jesús, nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales, para mostrar en las edades venideras las superabundantes riquezas de su gracia, por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús”
(Efesios 2:4-7).*

¿En realidad aconteció? La pregunta es mucho más que académica. Porque si Jesucristo en realidad murió en una cruz romana y fue resucitado de nuevo a la vida, esto lo cambia todo. A veces podemos creer cosas que no tienen sentido o que no tienen ninguna evidencia que las apoyen. Las teorías de conspiración abundan hoy en día, y los periódicos de estilo sensacionalista se ganan millones de dólares seduciendo a lectores crédulos con una dieta constante de lo sensacional, si no lo ridículo. ¿Has visto los titulares?: “Elvis vive todavía”. “John F. Kennedy fue secuestrado por seres extraterrestres”. “Hitler vive todavía”. “Mineros descubren un agujero al infierno”. “Mitad caimán, mitad bebé humano”.

Después están los hechos que damos por sentado en nuestro mundo científico moderno: la tierra es una esfera, no plana como una tortilla. La tierra gira alrededor del sol, y no al contrario. Un virus causa el sarampión. Abraham Lincoln escribió el discurso de Gettysburgo detrás de un sobre. La mayoría de nosotros creemos estas cosas, no porque las hemos comprobado personalmente, sino porque confiamos en las autoridades que nos dicen que son ciertas. Utilizamos el teléfono; quién lo inventó en realidad no nos importa. Vamos al médico cuando nos enfermamos; nos da igual quién descubrió tal o cuál vacuna. Y podemos disfrutar de un bello atardecer sin pensar mucho en la dinámica planetaria.

Un hecho que sí importa

Vivimos en un mundo de hechos, pero la mayoría de los hechos que conocemos tienen poco o casi nada que ver con quiénes somos y cómo deci-

dimos vivir. La resurrección de Jesús es diferente. Puede ser fácil “creer” que Jesús resucitó, como si fuera otro hecho para un examen de historia. Pero este hecho no es como los otros hechos. Lo cambia todo. Si Jesucristo en realidad resucitó de los muertos, entonces es mucho más que cualquier otro personaje en la historia. Él es quien declaró ser: el Hijo de Dios. Y si este es el caso, entonces Él, y todo lo que dijo, tiene que ser considerado seriamente.

La resurrección de Jesús está en el corazón de la fe cristiana. Creemos en Jesús porque Él no permaneció muerto. Él les dijo a sus discípulos que resucitaría al tercer día después de su crucifixión. ¡Y lo hizo! El hecho de su resurrección verificó sus declaraciones. Él era el Hijo de Dios. Y verificó que Dios había actuado decisivamente para encargarse del pecado humano.

¡Celebremos!

Si hay alguna característica que es universal entre los cristianos de todas las denominaciones, es la celebración de la muerte y resurrección de Jesús. La celebración puede ocurrir en diferentes formas, pero desde aquella primera madrugada de domingo cuando la tumba se encontró vacía, los cristianos hemos recordado estos hechos. Y es mucho más que un recuerdo. Es participación.

La noche antes de que fuera entregado y arrestado para ser juzgado y crucificado, Jesús comió su pascua final con los discípulos. Mientras bendijo y quebró el pan ritual, les dijo a sus discípulos: “Este pan es mi cuerpo, entregado por ustedes; hagan esto en memoria de mí” (Lucas 22:19). Mientras levantó la copa del vino ritual, les dijo: Beban de ella todos ustedes. Esto es mi sangre del pacto, que es derramada por muchos para el perdón de pecados” (Mateo 26:27-28).

Hay gran significado en esta simple ceremonia que llamamos la Cena del Señor (la última cena de Jesús), la comunión (comunión con Dios y compañeros creyentes mediante Cristo), o eucaristía (acción de gracias). Pablo escribió: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?” (1 Corintios 10:16).

Cuando comemos y bebemos el pan y el vino (o jugo de uva) de la Cena del Señor, algo maravilloso, pero incomprensible, está aconteciendo: comunión con Dios. Por medio de Jesucristo, somos unidos con Dios y con todos

los creyentes. Participar en el mandamiento de Jesús de “comer su carne” y “beber su sangre” no sólo nos recuerda lo que Dios ha hecho por nosotros, también nos trae, junto con todos los creyentes, a un compañerismo íntimo con Dios.

En Cristo, hemos sido hechos “uno” con Dios y “uno” los unos con los otros. En la comunión, participamos en esa graciosamente creada unidad en una manera invisible e indescriptible.

El bautismo también

La práctica cristiana del bautismo también está fundamentada en los hechos principales de la fe: Jesús, el Hijo de Dios, murió por nosotros y fue resucitado otra vez a la vida. Pablo escribió: “por el bautismo fuimos sepultados juntamente con él en la muerte, para que así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida” (Romanos 6:4).

Llegar a estar bajo las aguas del bautismo simboliza una muerte y sepultura, nuestra participación en la crucifixión y muerte de Jesús. Pero entrar en la muerte con Jesús es meramente preparación para entrar en la nueva vida con Él. Es el viejo hombre que se muere en el sepulcro acuoso del bautismo. “Sabemos que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado; porque el que ha muerto ha sido justificado del pecado” (v. 6 y 7).



Nosotros los humanos conocemos la esclavitud al pecado. Conocemos las invisibles, pero humanamente invencibles cadenas que nos atan en hábitos y deseos auto-destructivos. Conocemos el orgullo, las barreras personales, las defensas del ego, la envidia abrumadora, el resentimiento, la avaricia, la lujuria ardiente. Conocemos la falta de poder, el fracaso, la frustración, la depresión. Conocemos la soledad, el aislamiento, el temor. Y sabemos acerca del fin

de todo: la última oscuridad y separación que llamamos muerte.

Dios, quien nos ama, también lo sabe. Es por eso que envió a su único Hijo, quien, sin tener pecado alguno, se sometió a sí mismo al cruel e implacable ambiente de nuestro mundo oscurecido por el pecado. El amor de Dios es la razón por la cual Jesús tomó nuestra condición quebrantada sobre sí mismo, pero sin pecado, y caminó en nuestro lugar y sufrió, aun hasta la muerte, en las manos ignorantes y violentas de nosotros los pecadores. La luz brilla en la oscuridad, pero la oscuridad no la ha entendido (Juan 1:5).

Pero para Jesús, la muerte no fue el fin de la historia. Y por Jesús, la muerte no es el fin de la historia para usted ni para mí. Jesús resucitó a la vida y, mediante Él, nosotros también somos resucitados a una nueva vida audaz, vibrante y gloriosa: la vida eterna.

La vida de la eternidad venidera

Frecuentemente pensamos que la “vida eterna” es algo que Dios nos dará en el futuro. Pero el hecho es que Jesús dijo que aquellos que creen en Él, aquellos que “comen su carne” y “beben su sangre”, ya han entrado en la vida eterna. “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final” (Juan 6:54). ¡Ser resucitado en el día final es algo prometido a aquellos que ya poseen vida eterna!

Quizá tenemos la tendencia de limitar nuestro concepto de la vida eterna al futuro debido a que las palabras *vida eterna* suenan como algo que todavía no tenemos. Después de todo, todavía somos mortales, y sabemos que vamos a morir antes de recibir la inmortalidad. Pero “vida eterna” e “inmortalidad” no son la misma cosa.

La inmortalidad se refiere a nuestros cuerpos físicos. En la resurrección, nuestros cuerpos van a ser cambiados a inmortales. Pero la vida eterna, o la vida del mundo venidero, es algo a lo que entramos el momento que llegamos a ser creyentes.

La vida eterna puede ser más fácil de entender cuando reconocemos que las palabras griegas que Juan usó al citar a Jesús, *aiónios zoe*, son traducidas más literalmente: “la vida del mundo venidero”. Cuando llegamos a ser creyentes, pasamos de la muerte a la vida. Entramos a la nueva vida, la vida del mundo venidero.

Esa vida, la cual es una vida de gozo y amor abnegado en el poder de Dios, llenará todo el universo cuando Jesús regrese. Y ya ha comenzado en

sus creyentes. “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lucas 9:23).

Porque Él vive

Jesús dijo: “De cierto, de cierto os digo que el que oye mi palabra y cree al que me envió tiene vida eterna. El tal no viene a condenación, sino que ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

¡Nunca se han pronunciado palabras de consuelo más grandes! No importa cuán lejos de Dios hemos estado. No importa cuán oscuros y viles han sido nuestros pecados.

Cuando creemos la palabra de Dios, las buenas nuevas de que Dios ha redimido a pecadores mediante su Hijo, podemos reposar en el perdón y aceptación de Dios y recibir la vida nueva que Él tiene para nosotros en su reino eterno.

La más alta autoridad nos dice que en el día del juicio no seremos condenados. Jesús dice que los creyentes ya han cruzado la gran línea divisoria que separa la muerte de la vida, y debido a que Él vive, ¡estamos ahora en el lado de la vida!

El reino de los cielos ya ha comenzado a manifestarse a sí mismo en el mundo, en la vida de aquellos que han entrado en él. No perfectamente. De hecho, a veces somos muy malos representantes. A veces se nos cae la cruz, o aun hasta la tiramos, pero el Espíritu de Cristo en nosotros siempre nos mueve a levantarla otra vez y seguir el camino. El hecho es que ahora somos de Él, y el que comenzó en nosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús (Filipenses 1:6).

Vivos con Cristo

Nuestra ciudadanía está en los cielos, nos dice Pablo (Filipenses 3:20). Y aun mientras esperamos el cuerpo glorificado que recibiremos al regreso de Jesucristo (v. 21), ya hemos entrado y comenzado a experimentar en una manera limitada la vida del mundo venidero, vida en la presencia de Dios. Eso es lo que la Escritura llama “el reino de Dios”, “el reino del cielo” y “la vida eterna”.

En su carta a la iglesia en Éfeso, Pablo lo explicó de esta manera: “Dios, quien es rico en misericordia, a causa de su gran amor con que nos amó, aun es-

tando nosotros muertos en delitos, nos dio vida juntamente con Cristo. ¡Por gracia somos salvos! Y juntamente con Cristo Jesús, nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales, para mostrar en las edades venideras las superabundantes riquezas de su gracia, por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús” (Efesios 2:4-7).

Por medio de la muerte y resurrección de Jesús, hemos sido perdonados del pecado, reconciliados con Dios y hechos espiritualmente vivos en Él. Hemos sido traídos ante la presencia de Dios y embarcados en la gran aventura infinita de llegar a conocer y experimentar el gozo eterno y su gracia y amor a medida que compartimos su sufrimiento.

Ahora mismo, como dijo Pablo, podemos ver “oscuramente” (1 Corintios 13:12). Pero a la segunda venida se nos darán cuerpos nuevos y glorificados, y lo veremos tal como Él es (1 Juan 3:2).

Lo esencial de nuestra fe

Nuestra fe y esperanza cristianas están basadas justa y enteramente en el hecho de la muerte y resurrección de Jesucristo, el Hijo de Dios. De esa verdad central depende todo lo que creemos y lo que representamos en sincera esperanza. ¡Debido a que Él vive, nosotros también vivimos!

Por eso es que la temporada de “Semana Santa” es tan importante para nosotros. Es un tiempo de reflexión. Es un tiempo de evaluación de nosotros mismos. Es un tiempo de meditar sobre lo esencial de nuestra fe y un nuevo compromiso y nueva dedicación. Y sobre todo, es un tiempo de acción de gracias y gozo en las riquezas inescrutables de la gracia de Dios.

Él murió por usted y por mí. Y al tercer día, destruyó para siempre el poder del pecado y la muerte que estaban sobre nosotros. En Él todos, junto con todos los santos, aun mientras andamos en el camino de la cruz, poseemos la más grande esperanza imaginable. ¡Alaben a Dios! ¡Él está vivo!

Resurrección en Jesús

Pero no queremos, hermanos, que ignoren acerca de los que duermen (que han muerto), para que no se entristezcan como lo hacen los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios traerá con El a los que durmieron (murieron) en Jesús.

Por lo cual les decimos esto por la palabra del Señor: que nosotros los que estemos vivos y que permanezcamos hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron (murieron).

Pues el Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con la trompeta de Dios, y los muertos en Cristo se levantarán primero. Entonces nosotros, los que estemos vivos y que permanezcamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes al encuentro del Señor en el aire, y así estaremos con el Señor siempre. Por tanto, confórtense (aliéntense) unos a otros con estas palabras.

1 Tesalonicenses 4:13-18

Este texto tiene que ver con la resurrección y el lenguaje que usa nos señala un concepto central e importante sobre la resurrección de la humanidad en el día de la aparición de Cristo. Este concepto central es la idea de que la resurrección se lleva a cabo por medio de Jesús: *Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios traerá con El a los que durmieron (murieron) en Jesús.* (1 Tesalonicenses 4:14). Pensemos en las ideas clave que se expresan en esta frase:

La resurrección de la humanidad se basa en la resurrección de Jesús.

Note que Pablo dice que “si creemos que” Jesús resucitó, así también Dios traerá con él a los que murieron. No hay tal cosa como la resurrección separados de Jesús, de hecho, Jesús dice específicamente que Él es la resurrección (Juan 11:25). Esto significa que, dado que toda la humanidad resucitará algún día (1 Corintios 15:22, Daniel 12:2) podemos saber que toda la humanidad está incluida en Cristo.

Puesto que Jesús es la resurrección, cualquier persona que experimenta

la resurrección sólo es capaz de resucitar porque Jesús, la resurrección, comparte su resurrección con ellos. Ya que todos serán resucitados significa que Jesús comparte su vida con todo el mundo.

La resurrección de la humanidad se lleva a cabo a través de Jesús. La resurrección es algo inherente al propio ser de Cristo, y sólo puede tener lugar a través de él. La diferencia entre “por” y “a través de” es la siguiente: “a través de” significa relación. La humanidad será resucitada, porque Cristo, la resurrección, está en relación con la humanidad. Se nos da la resurrección a través de esta conexión relacional con nuestra humanidad. A través de su propio ser él comparte con la humanidad su propia vida en resurrección.

Resucitar significa ser traído con Jesús en el día de su aparición. Note que Pablo dice que Dios traerá con Jesús a los que han muerto. Es posible que nos tome un momento entender este lenguaje, pero lo que está diciendo es que los muertos están ahora ya con Jesús y serán traídos con él el día de su venida para ser transformados en la resurrección. Esto encaja con la descripción de Pablo de la muerte: “ir a estar con el Señor” (2 Corintios 5:8) y nos ayuda a entender lo que significa “ir al cielo”. Cuando morimos nuestro espíritu se va para el cielo a estar con el Señor y esperar allí el día de su aparición, el día cuando seremos levantados por medio de Jesús en la gloria de la resurrección.

No es extraño que Pablo dice que nos animemos unos a otros con estas palabras (1 Tesalonicenses 4:18). Cuando vemos que la resurrección es a través de Jesucristo, entendemos que realmente no tenemos nada que temer de la muerte. Puesto que Jesús ha resucitado de entre los muertos, y ya que estamos incluidos con él en su resurrección, sabemos con absoluta certeza que nosotros también tendremos vida eterna en la resurrección.

Una verdad central de la fe cristiana es que ¡Jesús está vivo (y nosotros estamos vivos en él)!

Esto es lo que TF Torrance escribe en *La Expiación, la persona y obra de Cristo*: “La resurrección de Jesucristo de entre los muertos... es una obra estupenda, sólo comparable a la creación original del universo. De hecho, como la propia encarnación, cuando Dios mismo entró en la creación como una de las criaturas que había hecho con el fin de operar dentro de ella, la resurrección la trasciende en significado” (p. 221).

“Jesucristo resucitó... el nuevo Adán que encabeza la carrera en la nueva creación se levantó en la resurrección de entre los muertos [ver 1 Corintios 15:45; Romanos 1:4, 5:12; 2 Corintios 5:17]. Como tal, se levantó vestido con el poder de la resurrección y se menciona como “el espíritu que da vida” [1 Corintios 15:45].

No fue sólo un Adán a quien Dios sopló el aliento de vida y fue hecho un alma, sino el postrer Adán con tal plenitud de vida en sí mismo que, aun como hombre sopló espíritu vivificante en los demás. Él es el hombre resucitado que tiene vida en sí mismo, y se ha hecho a sí mismo la fuente y manantial de vida eterna para los demás [Juan 11:25, 5:21, 6:35].

Al vivir en santidad absoluta como Hijo en la tierra, apropió a nuestra naturaleza humana la vida eterna de Dios, en virtud de ese “poder de una vida sin fin» [Hebreos 7:16] que rompió los lazos de la muerte y la tumba. Es ese mismo «poder de una vida sin fin” que ahora se desborda de él a todos los que son miembros de su cuerpo, por lo que es de su plenitud que todos ahora podemos recibir” (p. 217).

En Isaías 25:6-8, el profeta dijo: *Y el SEÑOR de los ejércitos preparará en este monte para todos los pueblos un banquete de manjares suculentos, un banquete de vino añejo, pedazos escogidos con tuétano, y vino añejo refinado. Y destruirá en este monte la cobertura que cubre todos los pueblos, el velo que está extendido sobre todas las naciones. El destruirá la muerte para siempre; el Señor DIOS enjugará las lágrimas de todos los rostros, y quitará el oprobio de su pueblo de sobre toda la tierra, porque el SEÑOR ha hablado.*

“En este monte” es una referencia al monte Sión, la colina sobre la que se asienta Jerusalén y fue allí que Jesús, el Hijo encarnado, ganó su victoria sobre la muerte y liberó a la humanidad a través de su cruz y su resurrección (Col. 2:15, Heb. 2:14-15).

Con su muerte, resurrección y ascensión, el Hijo encarnado cumplió la profecía dada a Isaías: él destruyó el velo de muerte que cubre a todos los pueblos y naciones, liberando así de la muerte a todas las personas y a todas las naciones. Como dice Pablo en Romanos 5:18, “por un acto de justicia resultó la justificación de vida para todos los hombres”.

El evangelio es la buena noticia de que en Cristo, la humanidad tiene un nuevo comienzo y que ¡vamos a vivir para siempre en su resurrección!

El Poder de su Resurrección

“Quiero conocer a Cristo y el poder de su resurrección” Filipenses 3:10

La bomba nuclear más poderosa hecha, fue una bomba rusa llamada Iván. No mucha gente la conoce, pero esta bomba fue usada como demostración del poder ruso en lo máximo de la guerra fría. Fue lanzada en un campo de pruebas nucleares en la bahía Mityushikha el 30 de octubre de 1961. Iván era tres veces más poderosa que la bomba más grande anterior a ella y tenía 3,800 veces más energía explosiva que la usada en Hiroshima. El hongo de nube de Iván se elevaba 60 kilómetros hacia el cielo y la onda de choque viajaba alrededor de la tierra tres veces antes de disiparse. Nada tan poderoso ha explotado desde entonces.

Sin embargo, por muy poderoso que Iván haya sido, su poder es empujado por nuestro sol, que es un reactor nuclear gigante. Si pudiéramos manejar el poder del sol, podría satisfacer la demanda de energía de 31 mil billones de planetas tierra. Pero aún el poder del sol palidece en significado cuando es comparado con el poder de Dios, quien creó el sol, las estrellas y todo cuanto existe. Es a ese supremo poder al que Pablo se refiere en Filipenses 3: el poder detrás de la resurrección de Cristo.

“La resurrección fue como una explosión de luz, una explosión de amor trayendo una nueva dimensión de ser”. El poder de la resurrección fue y es un increíble poder que cambió y cambia literalmente todo.

Nos da libertad de la esclavitud del pecado. Nos da el poder de Cristo viviendo en nosotros, proveyéndonos de la fuerza que necesitamos para pasar por las pruebas. Y así como es un poder presente, también es un poder futuro. El poder que levantó a Cristo de entre los muertos, un día nos levantará a nosotros para vida eterna.

Gracias a su resurrección, Cristo ha “roto los lazos de la muerte” y el sepulcro ya no tiene el poder de mantenernos en su abrazo. Finalmente, el poder de la resurrección es una resonante victoria. La victoria de la vida sobre la muerte para todos y cada uno de nosotros.

Padre Todopoderoso, gracias por tu glorioso poder que resucitó a Cristo y que nos da la fuerza para enfrentar todas las pruebas, incluso la muerte misma. Amén.

La Inmortalidad

El mejor de todos los cambios

La esperanza de todos los cristianos es vivir de nuevo —vivir por siempre— mediante una resurrección de la muerte. Este es un evento que según la Biblia ocurrirá al regreso de Jesucristo. Sin embargo, esto acarrea una pregunta intrigante: ¿Con qué tipo de cuerpo nos proveerá Dios? Si alguna vez te has preguntado esto, puedes tener la seguridad de que no eres el primero en hacerlo. De hecho, hay una discusión acerca de la “pregunta sobre el cuerpo” en el Nuevo Testamento. En este pasaje, el apóstol Pablo trató de explicarlo a los feligreses de Corinto.

En su carta, Pablo hace una pregunta después de explicar que todos los muertos en Cristo serían resucitados a una vida inmortal: “Tal vez alguien pregunte: “¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo vendrán?”. (1 Corintios 15:35).

Si somos cristianos que creemos en la resurrección de los muertos, entonces ya creímos, por fe, que con Dios todas las cosas son posibles —que aunque fallezcamos, viviremos de nuevo en la resurrección. Esto me hace pensar en una fascinante analogía de la naturaleza que tal vez nos ayude a ver que todas las cosas son posibles con Dios, ¡que los muertos pueden vivir de nuevo! Hablo de la maravilla de la naturaleza —la metamorfosis, y esta palabra simplemente significa “cambio de forma.”

Una maravilla impresionante

Si sabes algo de la historia de la vida de una polilla o de una mariposa, sabes que este insecto pasa a través de una metamorfosis completa. Recibe un cuerpo completamente nuevo. Lo puedes ver tú mismo. Toma los huevecillos de una polilla o de una mariposa—digamos los huevecillos de la oruga de la planta del tabaco (los cuáles tienen el tamaño de una cabeza de alfiler) y colócalos en hojas que puedan comer.

Observa con el tiempo cómo los huevecillos incuban larvas, cada una midiendo unos 12 mm. Las larvas crecerán pronto conforme se alimenten de

las hojas. Tres semanas después de haber nacido, las orugas serán de tamaño adulto midiendo alrededor de 7.5 cms.

Más adelante, cada oruga se enterrará en una delgada capa de tierra y se envolverá en un capullo. Después de cierto tiempo, las crisálidas, de color café barniz, empezarán a luchar por salir del capullo. Y no saldrán como la oruga que eran, sino que saldrán con una forma de vida completamente diferente—emergerán como la variedad de polilla llamada la Esfinge de Carolina.

Vemos pues, cómo una forma de vida, con un cuerpo y naturaleza de oruga, se habrá transformado o cambiado en una nueva forma viviente, una polilla. Esta “muerte” de la oruga, su existencia intermedia en un capullo y luego la “resurrección” a una polilla, ¡es un espectáculo a presenciar profundo y conmovedor!

De lo mortal a lo inmortal en la resurrección

Ahora, voy a sugerir una analogía entre la metamorfosis que ocurre en la naturaleza y la “metamorfosis” de la resurrección de aquellos que están en Cristo. Esto ocurrirá cuando Él venga de nuevo a nuestra historia con todo el poder y la gloria visibles.

Por otra parte, no quiero decir que la resurrección es como la metamorfosis natural. El gusano y las metamorfoseadas mariposa y polilla son ambas creaturas físicas y mortales. Ambas mueren. En el estado pupal, las estructuras de la oruga son reorganizadas y sustituidas por aquellas típicas de la polilla, como en el caso de la especie Esfinge de Carolina (vea el recuadro). Sin embargo, nuestra metamorfosis al regreso de Cristo, ocurrirá porque Dios nos dará un cuerpo espiritual, transformado, no otro cuerpo mortal o físico que se desarrolló de un cuerpo físico anterior como en el caso de la metamorfosis natural. Los muertos en Cristo serán llamados a salir por el poder Dios y les serán dados cuerpos nuevos. ¡Esta será la mejor de todas las metamorfosis!

No obstante, la metamorfosis natural es intrigante porque va más allá de sí misma y señala hacia la obra que Dios hace con nosotros en la resurrección. El gusano deja de ser un gusano y permanece latente en una célula pupal, la cuál encuentra una vida nueva metamorfoseada como polilla o mariposa. Nosotros como seres humanos, primero vivimos una vida física,

humana y mortal. Luego morimos, esperando la venida del Señor, tiempo en el cuál recibiremos cuerpos espirituales.

Pensando acerca del “nuevo cuerpo”

Por lo anterior, ¿Qué clase de cuerpos nos proveerá Dios en la resurrección? Pablo contestó esta pregunta, al explicar el proceso auxiliado con otra analogía del mundo natural: “¡Qué tontería! Lo que tú siembras no cobra vida a menos que muera. No plantas el cuerpo que luego ha de nacer sino que siembras una simple semilla de trigo o de otro grano”. (1 Corintios 15:36-37)

Así es, eso es una maravilla. Un campo de trigo que sale de un puñado de semillas. ¡Un poderoso roble saliendo de una pequeña bellota! Un gusano enterrado en la tumba de un capullo reaparece como una forma de vida diferente, con un cuerpo totalmente diferente. Eso es análogo a lo que nos ocurrirá en la resurrección de los muertos. El apóstol Pablo explica sobre ello: “Lo que se siembra en oprobio, resucita en gloria; lo que se siembra en debilidad, resucita en poder; se siembra un cuerpo natural, resucita un cuerpo espiritual. Si hay un cuerpo natural, también hay un cuerpo espiritual”. (1 Corintios 15:43-44)

El cuerpo metamorfoseado que vamos a recibir será un “cuerpo espiritual.” Ahora bien, toma nota de que el apóstol Pablo no dijo que íbamos a recibir un cuerpo espiritual no material, sólo dijo un “cuerpo espiritual.” Por lo tanto, ¿Qué quiso él decir con dicha frase? La palabra griega es pneumatikos, como en un neumático o una llanta llena de aire. Pneumatikos, “espiritual”, en un sentido general significa: existir en una manera conforme o apropiada al Espíritu. No obstante, ello no nos dice nada en específico acerca de qué estarán hechos los cuerpos espirituales.

Otro apóstol, Juan, también entendió que no había explicación de cómo serían nuestros cuerpos metamorfoseados o cómo sería la vida en la resurrección. Por lo tanto, sólo lo expresó en términos generales: Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es. (1 Juan 3:2)

El mismo pero no el mismo

Nuestra existencia espiritual post-resurrección será definitivamente

diferente de nuestra actual existencia carnal y terrenal. Sin embargo, existirá una continuidad dentro de esta discontinuidad fundamental. Todavía seremos nosotros mismos “en el otro lado”, pero completamente regenerados en naturaleza e inmortales en el cuerpo.

Así que, ¿qué es lo que nuestros nuevos cuerpos cambiados (metamorfosados) tendrán que no tienen en la actualidad? El apóstol Pablo explica de nuevo: Les declaro, hermanos, que el cuerpo mortal no puede heredar el reino de Dios, ni lo corruptible puede heredar lo incorruptible. Fíjense bien en el misterio que les voy a revelar: No todos moriremos, pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al toque final de la trompeta. Pues sonará la trompeta y los muertos resucitarán con un cuerpo incorruptible, y nosotros seremos transformados. Porque lo corruptible tiene que vestirse de lo incorruptible, y lo mortal, de inmortalidad. (1 Corintios 15:50-53)

Sí, lo mortal será vestido de inmortalidad. Habrá continuidad pero también existirá una discontinuidad fundamental. Los cuerpos de la resurrección serán imperecederos e inmortales. Piensa en ello. Ninguna de nuestras debilidades carnales presentes existirá. Nunca nos cansaremos. Nunca estaremos hambrientos o sedientos. Nunca estaremos enfermos o con dolor. Nunca sufriremos de ansiedades y temores. Nunca pecaremos. Nunca moriremos.

El apóstol Pablo supo lo que significaba sufrir privación y dolor en este cuerpo físico, temporal, que es nuestra herencia actual. Él ansiaba descansar en paz, esperando la resurrección: *De hecho, sabemos que si esta tienda de campaña en que vivimos se deshace, tenemos de Dios un edificio, una casa eterna en el cielo, no construida por manos humanas. Mientras tanto suspiramos, anhelando ser revestidos de nuestra morada celestial, porque cuando seamos revestidos, no se nos hallará desnudos. Realmente, vivimos en esta tienda de campaña, suspirando y agobiados, pues no deseamos ser desvestidos sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida.* (2 Corintios 5:1-4)

El libro de Apocalipsis describe con entusiasmo el tiempo después de la resurrección, cuando tendremos cuerpos nuevos: *Oí una potente voz que provenía del trono y decía: “¡Aquí, entre los seres humanos, está la morada de Dios! Él acampará en medio de ellos, y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no*

habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir.” (Apocalipsis 21:3-4)

Todo esto será posible porque Dios nos dará un nuevo cuerpo espiritual e inmortal, una mente y un corazón regenerados y perfeccionados a través de Cristo y el Espíritu Santo.

Las escrituras nos testifican que nuestra experiencia humana y nuestros cuerpos humanos y físicos envejecen y decaen, llegamos a enfermarnos y a sentir dolor, decaemos y morimos.

También, testifica que en la resurrección recibiremos de Dios un cuerpo nuevo que nos dará una verdadera y eterna libertad y gozo. *“...que la creación misma ha de ser liberada de la corrupción que la esclaviza, para así alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sabemos que toda la creación todavía gime a una, como si tuviera dolores de parto. Y no sólo ella, sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente, mientras aguardamos nuestra adopción como hijos, es decir, la redención de nuestro cuerpo”.* (Romanos 8:21-23)

Un nuevo cuerpo en donde vivamos por siempre en un mundo restaurado, en donde nada volverá a salir mal de nuevo. Esto es en verdad el mejor de todos los cambios.

Resurrección y Ascensión:

Lo que significa estar en Cristo

“En Cristo”. Es una frase que todos hemos oído. Albert Schweitzer llamó “estar-en-Cristo” al principal enigma de la enseñanza del apóstol Pablo. Schweitzer fue uno de los alemanes más sobresalientes del siglo. 20—teólogo, músico y un grandioso doctor misionero, ganador del Premio Nobel de la Paz en 1952. Schweitzer no fue un cristiano ortodoxo al final de sus días, pero pocas personas evocaban el espíritu cristiano más poderosamente.

En su libro de 1931, *El Misticismo del Apóstol Pablo*, Schweitzer elaboró el punto de que otras religiones, profetas, adivinos y filósofos buscan a “Dios” de alguna forma u otra. Pero Schweitzer vio que, para Pablo, la esperanza cristiana y el diario vivir estaban más específica y seguramente enfocados—es nueva vida en Cristo. Pablo usa la frase “en Cristo” cuando menos 12 veces en sus cartas. Un buen ejemplo es 2 Corintios 5:17, “Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!”

Schweitzer resumió los pensamientos de Pablo sobre este tema: “Para él [Pablo], los creyentes son redimidos al entrar ya, a través de la unión con Cristo, por medio de un morir y resucitar místicos con Él durante la continuación del mundo-era natural, en un estado de existencia sobrenatural, siendo éste estado eso que ellos deberán de poseer en el reino de Dios. A través de Cristo, somos removidos de éste mundo y transferidos al estado de existencia apropiado para el reino de Dios, a pesar del hecho de que éste todavía no ha aparecido” (*El Misticismo del Apóstol Pablo*, página 380).

Note cómo Schweitzer muestra que Pablo ha mantenido juntos los dos aspectos de la venida de Cristo en una tensión de los tiempos del fin—vida del reino ahora y vida plena del reino aún por venir. Pero, ¿cómo funciona realmente todo esto, y cómo encaja con el evento más importante en la historia humana—la resurrección de Jesucristo?

¿En las regiones celestiales ya?

Para principiantes, el tema místico es una clave vital para entender pasajes poderosos tales como Romanos 6:3-5 y 8: *“¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús, en realidad fuimos bautizados para participar en su muerte? Por tanto, mediante el bautismo fuimos sepultados con Él en su muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó por el poder del Padre, también nosotros llevemos una vida nueva. En efecto, si hemos estado unidos con Él en su muerte, sin duda también estaremos unidos con Él en su resurrección.... Ahora bien, si hemos muerto con Cristo, confiamos en que también viviremos con Él”*.

Éste es el Pablo clásico. Para él la resurrección era la doctrina central del cristianismo. Los cristianos no sólo eran simbólicamente sepultados con Cristo en el bautismo, sino que también eran simbólicamente resucitados con Él. Solamente que esto va un poco más profundo que un mero simbolismo. Hay una verdadera probada de la realidad final en éste teologizar elevado.

Note cómo Pablo desarrolla más éste tema en Efesios 2:4-6 *“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, nos dio vida con Cristo, aun cuando estábamos muertos en pecados. ¡Por gracia ustedes han sido salvados! Y en unión con Cristo Jesús, nos resucitó y nos hizo sentar con Él en las regiones celestiales”*.

¿Cómo pudo ser esto? Pablo no está hablando aquí literal y físicamente, está hablando metafóricamente. Él nos dice que a través del poder salvador que Dios demostró en la resurrección de Cristo, nosotros ya disfrutamos participando, a través del Espíritu Santo, de las regiones celestiales donde moran el Padre y Cristo. Éste es uno de los beneficios de la vida “en Cristo”, de Su resurrección y ascensión. Estar “en Cristo” hace todo esto posible.

El factor resurrección

Una vez más tenemos que permanecer en asombro ante la multitudinaria dinámica que fluye de la resurrección de nuestro Señor y Cristo, sabiendo que no sólo fue el evento más grandioso en la historia, sino también un vital principio guiador para todo lo que el creyente pueda tener como esperanza y expectativa aquí abajo. “En Cristo” es una frase que penetra más profundo que un mero símbolo o analogía. Está ligada a la otra frase: “sentados en las regiones celestiales”.

Note las ricas exposiciones de Efesios 2:6 por algunos expertos comentaristas-

tas. Aquí está Max Turner en *El Nuevo Comentario Bíblico: Versión Siglo 21*:

“Decir que se nos ha dado vida con Cristo parece ser una abreviatura para decir que ‘seremos resucitados con Cristo a una vida de la nueva creación’, y podemos hablar de eso como si fuera un evento ya cumplido porque primero, tal evento decisivo de la resurrección [de Cristo] ya está en el pasado y segundo, porque ya empezamos a participar en aspectos de esa vida de la nueva creación en nuestra unión presente con Él” (página 1229).

Estamos unidos con Cristo a través del Espíritu Santo. Note los comentarios de Francis Foulkes sobre Efesios 2:6 en *Los Comentarios Tyndale del Nuevo Testamento*:

“En Efesios 1:3 el apóstol ha dicho que Dios nos ha bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en las regiones celestiales. Ahora él dice más específicamente que nuestra vida ha llegado a estar ahí, entronizada con Cristo... La humanidad, en virtud de la conquista del pecado por Cristo y la conquista de la muerte por Su exaltación, es levantada ‘del infierno más profundo hasta el mismo cielo’ (Calvin). Nuestra ciudadanía está ahora en el cielo (Fil. 3:20); y ahí, y no bajo los límites impuestos por el mundo... se encuentra la verdadera vida” (página 82).

Note los comentarios de John Stott sobre Efesios 2:6 en su libro, *El mensaje de Efesios*: “Sin embargo, lo que emociona nuestra admiración es que ahora Pablo no está escribiendo acerca de Cristo sino acerca de nosotros. Él está afirmando, no que Dios hizo volver a la vida, resucitó y sentó a Cristo, sino que Él hizo volver a la vida, resucitó y sentó con Cristo a nosotros... Este concepto de la unión del pueblo de Dios con Cristo es fundamental para el cristianismo del Nuevo Testamento. [Ellos poseen] una nueva solidaridad como pueblo que está ‘en Cristo.’ En virtud de su unión con Cristo, ellos, de hecho, han compartido Su resurrección, ascensión y sesión”.

Por “sesión” aquí Stott se refiere teológicamente al reino presente de Cristo sobre toda la creación. Ni tampoco es, dice Stott, toda esta plática de nuestro reinar con Cristo, una parte de un “misticismo cristiano sin significado.” Por el contrario, es una parte significativa del misticismo cristiano que va incluso más allá de eso. Stott añade:

“En las ‘regiones celestiales’, en el mundo invisible de la realidad espiritual, en el cual operan los poderes y las autoridades (3:10; 6:12) y en el cual Cristo reina supremo (1:20), ahí Dios ha bendecido a Su pueblo en Cristo (1:3), y ahí

Él los ha sentado con Cristo... por una parte, esto testimonia en una experiencia viva que Cristo nos ha dado una vida nueva, y por la otra, una victoria nueva. Estábamos muertos, pero espiritualmente se nos ha vuelto a la vida y estamos alerta. Estábamos en cautividad, pero ya hemos sido entronizados”.

Max Turner está en lo correcto. Hay más aquí que un mero simbolismo. Lo que Pablo está explicando es la implicación de nuestra vida nueva en Cristo.

Las implicaciones prácticas

Primero que nada, los cristianos son “tan buenos como lo pueden ser”, en referencia a su salvación. Los cristianos que están “en Cristo” han sido “cubiertos” por Cristo. Se cubren con Su muerte, sepultura, resurrección y ascensión y se puede decir de ellos que ya en algún sentido están viviendo con Él en las regiones celestiales. Esta enseñanza no tenía la intención de ser una suposición idealista. Fue escrita originalmente a cristianos que vivían en extrema estrechez en las ciudades corruptas que habitaban, ciudades sin los derechos civiles y políticos que a menudo damos por sentado. Para los lectores de Pablo ser muertos por la espada romana era una seria posibilidad.

Así, Pablo alienta los espíritus de sus lectores con un pensamiento adicional sobre la doctrina central y distintiva de la nueva fe—la resurrección de Cristo. Estar “en Cristo” significa que cuando Dios nos mira Él no ve nuestros pecados. Ve a Cristo. No hay enseñanza más alentadora que esa. Esto está re-enfatizado en Colosenses 3:3 *“pues ustedes han muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios”*.

Segundo, estar “en Cristo” significa que los cristianos viven en dos mundos—el mundo físico de la realidad de todos los días y el que Stott llama el “mundo invisible” de la realidad espiritual. Esto tiene implicaciones para la forma en que vemos este mundo. Debemos vivir vidas balanceadas. Por una parte, primero debemos dar nuestra lealtad al reino de Dios y sus valores, pero por la otra, no debemos tener una mente tan celestial que no sirvamos para nada terrenal. Es una cuerda floja, y todo cristiano necesita la ayuda de Dios para caminarla seguramente.

Tercero, estar “en Cristo” significa que somos trofeos de la gracia de Dios. Si Dios ha hecho todo esto por nosotros, si Él en algún sentido ya nos ha introducido a las regiones celestiales, entonces eso significa que debemos vivir como embajadores de Cristo. Francis Foulkes lo pone de esta manera:

“El propósito de Dios para Su iglesia, como Pablo llegó a entenderlo, va más

allá del propósito mismo, más allá de la salvación, la iluminación y la recreación de individuos, más allá de su unidad y compañerismo, más allá incluso de su testimonio al mundo. La iglesia debe ser la exhibición de la sabiduría, el amor y la gracia de Dios en Cristo a toda la creación” (página 82).

¡Qué verdadero! Estar “en Cristo”, recibir nueva vida en Cristo, tener nuestros pecados cubiertos ante Dios a través de Cristo—todo esto significa que debemos exhibir la vida cristiana a la gente que encontramos. Nosotros los cristianos podemos seguir el toque de un sonido diferente, pero tengamos un interés cristiano por la gente que comparte la vida física con nosotros.

Dios ha desplegado el poder de la resurrección hacia nosotros para ser una demostración diaria de la bondad de Dios, para mostrar con nuestras buenas obras que Él existe y que está poderosamente interesado en toda persona de este planeta. La resurrección y ascensión de Cristo afectan poderosamente nuestra cosmovisión. El desafío ante nosotros es vivir a la altura de este llamamiento celestial las 24 horas del día.

La Ascensión

Habiendo dicho esto, mientras ellos lo miraban, fue llevado a las alturas hasta que una nube lo ocultó de su vista. Ellos se quedaron mirando fijamente al cielo mientras él se alejaba. De repente, se les acercaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: —Galileos, ¿qué hacen aquí mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre ustedes al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse. (Hechos 1:9-11)

La resurrección de Jesús está en cada uno de los cuatro Evangelios cristianos, en considerable detalle, pero la ascensión de Jesús, Su regreso a la diestra del Padre, se menciona sólo brevemente, y sólo en los evangelios de Marcos y Lucas. Es en el libro de los Hechos, también escrito por Lucas, donde encontramos una descripción más detallada de este importante evento en la obra expiatoria de Jesús en nombre de la humanidad.

Nuestro mundo está mucho más familiarizado con los astronautas que con los ángeles, y con los transbordadores espaciales ascendiendo hacia el cielo, que con la ascensión de Jesús a los cielos. Pero la ascensión es una parte vital de nuestra comprensión acerca de Jesús, y sobre lo que está haciendo por nosotros y en nosotros momento a momento. La ascensión de Jesús nos dice que ahora está sentado a la diestra de Dios Padre. Esta es una forma poética de decir que todo el poder está en las manos de Jesús y que Jesús y el Padre viven en perfecta unidad y amor. Jesús, no sólo reina con Dios Padre en todo el universo, Él y el Padre, con el Espíritu Santo, son uno.

Pero quizás aún más sorprendente es lo que Pablo nos dice en Efesios 2:4-7, que Dios “asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales en Cristo Jesús”. En Jesús, Dios nos ha traído a la relación de amor que el Padre, Hijo y Espíritu Santo comparten. En Jesús, somos aceptados, deseados, y estamos incluidos. No es de extrañar que después de leer que Jesús subió a los cielos, sus discípulos regresaron a Jerusalén con gran alegría, y ¡continuamente en el Templo bendecían a Dios!

Es tan importante que más de 30 años después, Pedro todavía hablaba de ello. Pedro en la primera epístola a los cristianos en Asia, escribió que

“Jesús ha ido al cielo y está a la diestra de Dios, los ángeles y autoridades y poderes han sido sometidos a él” (I Pedro 3:22).

En el primer siglo, cada soldado romano proclamaba su lealtad al emperador diciendo: “Kyrios Kaisar” “César es el Señor!”. Pero los cristianos no podían decir eso, ni lo dirían. Decían en cambio: “Kyrios Christos” “Cristo es el Señor!”. Y muchos de ellos pagaron con sus vidas por esa fe, sabiendo que esperaban una resurrección personal a una vida nueva del reino de Dios. Sabían que la proclamación, “Cristo es el Señor”, proclama el principio del fin de toda tiranía, puesto que el mismo Salvador había ascendido al trono.

La ascensión de Jesús también nos declara que, como hombre, como Dios en la carne, Jesús asumió nuestra humanidad pecadora y, después de haberla redimido a través de Su vida, muerte y resurrección, la presentó limpia y perfecta a su Padre.

La ascensión no es simplemente acerca de cómo el Hijo de Dios volvió a su casa en el cielo después de morir por los pecados del mundo. La ascensión es acerca de cómo a la naturaleza humana se le ha dado un lugar permanente en la naturaleza divina de la Trinidad.

El Hijo de Dios asumió la naturaleza humana (Juan 1:14) y nunca se la ha quitado (Lucas 24:39, Apocalipsis 1:12-16). En su resurrección su naturaleza humana se ha transformado en una nueva naturaleza, glorificada e inmortal (1 Cor. 15:42-44). Debido a esta unión permanente entre la divinidad y la humanidad en el cuerpo crucificado y resucitado de Jesús, podemos decir que nosotros morimos cuando él murió (2 Cor. 5:14) y que fuimos resucitados cuando él fue resucitado (Efesios 2:5).

Si no morimos cuando Jesús murió y no resucitamos cuando él resucitó, y si la humanidad no está incluida en la muerte y resurrección de Jesús, entonces la historia de Jesús es sólo una historia sobre algo extraño que le sucedió a un hombre hace mucho tiempo. Pero el evangelio es realmente una buena noticia: es la buena noticia que Jesús ha compartido nuestra muerte y por lo tanto, participamos en su vida resucitada.

Puesto que morimos y resucitamos con Cristo, también se deduce que hemos ascendido con Él. “Dios nos resucitó con Cristo y nos sentó en los lugares celestiales en Cristo Jesús” (Ef. 2:6). Después de haber resucitado con Cristo, nuestra vida está ahora “escondida con Cristo en Dios” (Colosenses 3:3). Ahí radica la esperanza de la ascensión. Dado que la humanidad ha muerto, resucitado y ascendido en Cristo sabemos que “cuando Cristo apa-

rezca entonces también seremos manifestados con él en gloria” (Col. 3:4).

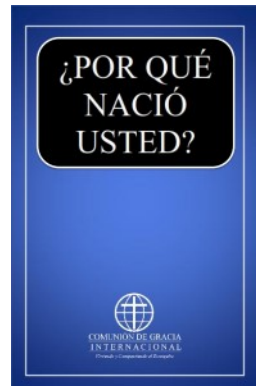
Para ponerlo en términos aún más sencillos, cuando Jesús ascendió a la mano derecha del Padre en el cielo, nos llevó a todos con él, tal como nos había tenido a todos con él en su muerte y resurrección. Esto significa que no tenemos que preguntarnos si vamos a ir al cielo, porque ¡ya estamos allí en Cristo! Sin embargo, no lo vemos claramente todavía. Esperamos con gran esperanza y anhelo el día de su venida, cuando nuestra verdadera identidad será revelada, y vamos a experimentar nuestra propia resurrección. La esperanza de la ascensión es la certeza de que Cristo nos ha tenido en su vida con el Padre y el Espíritu Santo y que nunca nos dejará ir.

Lectura recomendada:



El evangelio de Jesucristo es buenas noticias y sigue siendo para siempre buena noticia, la mejor noticia imaginable, para absolutamente todos y todo. No es solamente buena noticia para los pocos que llegaron a conocer a Cristo antes de morir; es buena noticia para toda la creación; aun para todos aquellos que murieron antes de jamás haber oído acerca de Cristo.

Usted nació con un propósito! Dios nos creó a cada uno de nosotros por una razón, y somos más felices cuando vivimos en armonía con el propósito que Él nos ha dado. ¡Usted necesita saber cuál es ese propósito! Muchas personas viven y mueren buscando alguna clase de significado, preguntándose si su vida tiene algún propósito, dónde encajan y si ellos realmente importan en el gran esquema de cosas.



Usted puede leer en línea o descargar estas publicaciones gratuitas en nuestro sitio web: www.comuniondegracia.org



LA COMUNIÓN INTERNACIONAL DE LA GRACIA [GRACE COMMUNION INTERNATIONAL], es una denominación evangélica activa en casi 100 países y territorios y mantiene su sede internacional en Glendora, California. La iglesia, con una afiliación internacional de alrededor de 42 mil miembros, y 900 congregaciones, tiene la misión de “vivir y compartir el evangelio”. Somos miembros de la *Asociación Nacional de Evangélicos* (NAE) en los Estados Unidos y sus equivalentes en otros países. Creemos en la unidad espiritual de todos los creyentes en nuestro Señor Jesucristo. Le invitamos a reunirse con nosotros en nuestros servicios de adoración donde escuchará el evangelio de Jesucristo y conocerá a otros cristianos que están experimentando su relación con Jesucristo, así como usted.

Para comunicarse con nosotros puede dirigirse a cualquiera de las siguientes direcciones:

Presidente: Joseph Tkach.

Directores de Misiones Hispánicas:

Centro y Sur América: Héctor Barrero.

EEUU y México: Lorenzo Arroyo.

España: Pedro Rufián.

Editor: David E. Ágreda.

CONTACTO:

Argentina: Olavarría 4543, (1842) Bo Las Flores, Monte Grande- BA. email: iduarg@gmail.com Tel. (011) 4295-1698.

Colombia: Calle 49 #26-11 Galerías, Bogotá. Tel: 322-3711.

Chile: Casilla 11, Correo 21, Santiago.

El Salvador: Calle Los Tanques, Colonia Dolores, San Salvador. Tel 7644 5695

España: Apdo. 185, 28600 Navalcarnero, Madrid. Tel. 91 813 67 05 ó 626 468 629 Web: www.comuniondelagracia.es

Estados Unidos: P.O. Box 5005, Glendora, CA 91740-5005.

Honduras: Apdo 20831, Comayagüela.

México: comuniongracia.org.mx

Perú: comuniondelagracia.pe

Resto del mundo: gci.org/churches

web: <http://comuniondegracia.org>

email: comuniondegracia@gmail.com

facebook: ComunionGracia

twitter: @comuniongracia

